

1918-15. de Junio-1938



HOMENAJE

del

Centro de Estudiantes de Medicina
de La Plata

en el

Vigésimo Aniversario de la Reforma Universitaria

SUMARIO

- I. ACTOS CONMEMORATIVOS.
- II. HIMNO DE LOS ESTUDIANTES AMERICANOS.
- III. MANIFIESTO LIMINAR DE LA REFORMA (1918).
- IV. PALABRAS EN EL 20º ANIVERSARIO DE LA REFORMA UNIVERSITARIA, por el Dr. José Belbey:
- V LA REFORMA: EVOCACION Y PRESENCIA, por Noel H. Sbarra.
- VI. LA PRÉ-REFORMA, por Sergio Bagú.

LA PLATA

1938

Actos conmemorativos en el XX aniversario de la Reforma

EN CORDOBA

Día 15 de Junio: Llegada de las delegaciones e invitados:

A las 12.30: Banquete popular de camaradería.

A las 15.—: Reunión de la Convención Nacional de Egresados y Estudiantes. Relatores: Dr. Saúl Taborda y representante de la F. U. A.

A las 21.30: Acto conmemorativo de la Reforma Universitaria en el teatro Rivera Indarte, organizado por la F. U. A.

Día 16 de junio: A las 9: Reunión de la Convención Nacional.

A las 14.30: Reunión de la Convención Nacional.

A las 17.—: Concierto de la Orquesta Sinfónica de Córdoba.

EN LA PLATA

Facultad de Medicina: La conmemoración del vigésimo aniversario de la Reforma dió comienzo con un acto realizado en el aula Pasteur el día 14 de junio, a las 15. Hicieron uso de la palabra el profesor de Medicina Legal, Dr. José Belbey, ex-presidente de la F. U. de Buenos Aires y del Centro de Estudiantes de Medicina, y el estudiante Sr. Noel H. Sbarra. Los discursos pronunciados se insertan a continuación.

Facultad de Humanidades: El Centro de Estudiantes organizó un ciclo de conferencias sobre la Reforma que se llevó a cabo los días 15, 16 y 17, en el aula magna de la Facultad.

El Sr. Arnaldo Orfila Reynal habló de la doctrina reformista y su expansión por los países de América; el Sr. Luis Aznar se refirió al movimiento de los años 1919-1920 en La Plata, y el Dr. Pilades O. Dizeo expuso las características del movimiento en Buenos Aires.

Facultad de Agronomía: En el anfiteatro de la Facultad se realizó un acto en el que hicieron uso de la palabra el ingeniero Gabriel Del Mazo y el alumno José Edmundo Cifre.

Facultad de Ingeniería: El día 15 de junio, por la mañana, se realizó en el aula de primer año un acto conmemorativo organizado por el Centro de Estudiantes.

Facultad de Derecho: El día 17 de junio, a las 10.30, se realizó en el aula Drago un acto auspiciado por el Centro de Estudiantes. En dicha ocasión hizo uso de la palabra el Dr. Julio V. González, profesor de dicha casa.

Universidad Popular "Alejandro Korn": El día 16 de junio se efectuó una "revista oral" que resultó muy animada, pues se contaron anécdotas referentes al movimiento en nuestra ciudad, se leyeron manifiestos y artículos periodísticos de la época. Además se realizó una exposición de manifiestos, revistas y periódicos estudiantiles, que fué muy visitada.

FEDERACION UNIVERSITARIA LA PLATA

La Federación Universitaria en pleno se trasladó a la ciudad de Córdoba para participar en los actos organizados para conmemorar el vigésimo aniversario de la Reforma. El viaje fué facilitado por el Consejo Superior de la Universidad, que concedió veinte pasajes.

De la Facultad de Ciencias Médicas de La Plata participaron en la delegación los estudiantes: Osmán Dick, Horacio Riente, Julio Mazza y Alfredo Plá.

Himno de los Estudiantes Americanos

En 1919 lo cantaban, por las calles de nuestra ciudad, la valiente generación que con poderoso impulso idealista se dió a la tarea de renovar las universidades argentinas.

¡Juventud, juventud, torbellino,
soplo eterno de eterna ilusión;
fulge el sol en el largo camino,
que ha nacido la nueva canción!

Sobre el viejo pasado, soñemos;
en sus ruinas hagamos jardín
y marchando al futuro, cantemos,
que a lo lejos resuena un clarín.

La mirada embriagada en los cielos
y aromados por una mujer
fecundemos los vagos anhelos
y seamos mejores que ayer.

Consagremos orgullo en la herida
y sintamos la fe del dolor,
y triunfemos del mal de la vida
con un frágil ensueño de amor.

Que las dulces amadas suspiren
de pasión al mirarnos pasar;
que los viejos maestros admiren
al tropel que los va a superar!

JOSE GALVEZ,
peruano.

¡A no olvidarlo nunca, hombres jóvenes y compañeros de todos los tiempos!

Manifiesto liminar de la Reforma Universitaria ⁽¹⁾

LA JUVENTUD DE CORDOBA A LOS HOMBRES LIBRES DE SUD - AMERICA

Hombres de una república libre acabamos de romper la última cadena que, en pleno siglo XX, nos ataba a la antigua dominación monárquica y monástica. Hemos resuelto llamar a todas las cosas con el nombre que tienen. Córdoba se redime. Desde hoy contamos para el país una vergüenza menos y una libertad más. Los dolores que quedan son las libertades que faltan. Creemos no equivocarnos; las resonancias del corazón nos lo advierten: estamos pisando sobre una Revolución, estamos viviendo una hora americana.

La rebeldía estalla ahora en Córdoba y es violenta porque aquí los tiranos se habían ensoberbecido y era necesario borrar para siempre el recuerdo de los contrarrevolucionarios de Mayo. Las universidades han sido hasta aquí el refugio secular de los mediocres, la renta de los ignorantes, la hospitalización segura de los inválidos y —lo que es peor aún— el lugar en donde todas las formas de tiranizar y de insensibilizar hallaron la cátedra que las dictara. Las universidades han llegado a ser así el fiel reflejo de estas sociedades decadentes, que se empeñan en ofrecer el triste espectáculo de una inmovilidad senil. Por eso es que la Ciencia, frente a estas casas mudas y cerradas, pasa silenciosa o entra mutilada y grotesca al servicio burocrático. Cuando en un raptó fugaz abre sus puertas a los altos espíritus, es para arrepentirse luego y hacerles imposible la vida en su recinto. Por eso es que, dentro de semejante régimen, las fuerzas naturales llevan a mediocrizar la enseñanza, y el ensanchamiento vital de los organismos universitarios no es el fruto del desarrollo orgánico, sino el aliento de la periodicidad revolucionaria.

Nuestro régimen universitario — aun el más reciente — es anacrónico. Está fundado sobre una especie del derecho divino: el derecho di-

(1) Este fué uno de los primeros manifiestos públicos de la Reforma. Fué producido en Córdoba, en Junio de 1918, después de los sucesos del día 15, y dirigido, como expresa en su dedicatoria, "A los hombres libres de Sud-América". Consta de dos partes, la primera de las cuales es la que se transcribe. Fué repartido en toda América, especialmente en las ciudades universitarias del país, Perú, Chile y Uruguay.

vino del profesorado universitario. Se crea a sí mismo. En él nace y en él muere. Mantiene un alejamiento olímpico. La Federación Universitaria de Córdoba se alza para luchar contra este régimen y entiende que en ello le va la vida. Reclama un gobierno estrictamente democrático y sostiene que el demos universitario, la soberanía, el derecho a darse el gobierno propio radica principalmente en los estudiantes. El concepto de autoridad que corresponde y acompaña a un director o a un maestro en un hogar de estudiantes universitarios no puede apoyarse en la fuerza de disciplinas extrañas a la substancia misma de los estudios. La autoridad, en un hogar de estudiantes, no se ejercita mandando, sino sugiriendo y amando: *Enseñando*. Si no existe una vinculación espiritual entre el que enseña y el que aprende, toda enseñanza es hostil y, de consiguiente, infecunda. Toda la educación es una larga obra de amor a los que aprenden. Fundar la garantía de una paz fecunda en el artículo conminatorio de un reglamento o de un estatuto es, en toda caso, amparar un régimen cuartelario, pero no una labor de Ciencia. Mantener la actual relación de gobernantes a gobernados es agitar el fermento de futuros trastornos. Las almas de los jóvenes deben ser movidas por fuerzas espirituales. Los gastados resortes de la autoridad que emana de la fuerza no se avienen con lo que reclaman el sentimiento y el concepto moderno de las universidades. El chasquido del látigo sólo puede rubricar el silencio de los inconscientes o de los cobardes. La única actitud silenciosa que cabe en un instituto de Ciencia es la del que escucha una verdad o la del que experimenta para crearla o comprobarla.

Por eso queremos arrancar de raíz en el organismo universitario el arcaico y bárbaro concepto de autoridad que en estas casas es un baluarte de absurda tiranía y sólo sirve para proteger criminalmente la falsa dignidad y la falsa competencia. Ahora advertimos que la reciente reforma, sinceramente liberal, aportada a la Universidad de Córdoba por el doctor José Nicolás Matienzo, sólo ha venido a probar que el mal era más afligente de lo que imaginábamos y que los antiguos privilegios disimulaban un estado de avanzada descomposición. La reforma Matienzo no ha inaugurado una democracia universitaria, ha sancionado el predominio de una casta de profesores. Los intereses creados en torno de los mediocres han encontrado en ella un inesperado apoyo. Se nos acusa ahora de insurrectos en nombre de un orden que no discutimos, pero que nada tiene que hacer con nosotros. Si ello es así, si en nombre del orden se nos quiere seguir burlando y embruteciendo, proclamamos bien alto el derecho sagrado a la insurrección. Entonces la única puerta que nos queda abierta a la esperanza, es el destino heroico de la juventud. El sacrificio es nuestro mejor estímulo; la redención espiritual de las juventudes americanas nuestra única recompensa, pues sabemos que nuestras verdades lo son — y dolorosas — de todo el Continente. Que en nuestro país una ley — se dice — la ley Avellaneda, se oponga a nuestros anhelos? Pues a reformar la ley, que nuestra salud moral lo está exigiendo.

La juventud vive siempre en trance de heroísmo. Es desinteresada, es pura. No ha tenido tiempo aún de contaminarse. No se equivoca nunca en la elección de sus propios maestros. Ante los jóvenes no se hace méritos adulando o comprando. Hay que dejar que ellos mismos elijan sus maestros y directores, seguros de que el acierto ha de coronar sus determinaciones. En adelante sólo podrán ser maestros en la futura República Universitaria los verdaderos constructores de almas, los creadores de Verdad, de Belleza y de Bien.

La juventud universitaria de Córdoba cree que ha llegado la hora de plantear este grave problema a la consideración del país y de sus hombres representativos.

Palabras en el 20° aniversario de la Reforma Universitaria

POR EL

DR. JOSE BELBEY

(Discurso leído en el aula Pasteur, de la Facultad de
Ciencias Médicas, el día 14 de Junio)

Me habéis honrado al solicitarme que os dijera algunas palabras en este acto con que conmemoráis el vigésimo aniversario de la Reforma Universitaria, y os estoy agradecido.

No sé todavía a qué pueda deberse esta situación: si al hecho de pertenecer, en años y en espíritu, a esa generación del 18, o a ser uno de vuestros nuevos profesores. No sé si al hecho de haber sido un humilde obrero de su hora, valientemente rebelde, dirigente estudiantil en momentos difíciles, o por mi vida, de allá a acá, íntegramente dedicada al estudio, deshilvanando hora a hora la madeja de ensueños con que iría bordando, para vosotros y para todos, la tela humilde de una realidad.

Sea por lo que sea, estoy aquí a gusto.

He vuelto a pensar largas horas en la Reforma; desandé el camino varias veces; en ocasiones perdido, otras retomándolo, hasta llegar a este momento. Y os diré con toda sinceridad lo que siento, jóvenes estudiantes de La Plata, de esta tierra en que parece haber arraigado con mayor firmeza nuestra planta de ideal, y dado frutos.

Trataré de sintetizar la inmediata cronología de este movimiento.

Aráoz Alfaro, el viejo profesor, dijo bien cuando expresó que "las viejas universidades europeas y en menor grado las nuestras, fueron eminentemente aristocráticas. No se cuidaron, ni tenían por qué cuidarse entonces, de las necesidades sociales, que tan sólo en las últimas décadas sentimos. Ocupábanse sólo de las clases sociales elevadas; trataban de prepararlas para las funciones directivas".

Es así como se creó una "élite" intelectual que, enclaustrada en la universidad, mantenía entre nosotros el único aristocratismo que cabía: el de la cultura; el de una cultura; el de su cultura. El comienzo del siglo, este nuevo siglo que alboreaba como el Nuevo Siglo, sustituto de aquel otro bien o mal llamado estúpido, nos trajo una generación interesante. Llena de la cultura anterior, pero con nuevos arrestos, ya iconoclastas, ya con un vago sentido reformista, que no pudo avanzar más por falta de

clima social. Se contentó con pedir, con exigir de 1903 al 1906, cambios de profesores que ya no eran respetados y cambios de arquitectura en la universidad. Nuevo régimen administrativo, en sustitución de las Academias, logias herméticas e irrenovadas, a donde no podía llegar ni la voz de los profesores, ni la de los alumnos. Cayeron los baluartes al empuje estruendoso, se sustituyeron las viejas Academias por los — a medias — jóvenes Consejos directivos, en cuya formación ya intervenían los profesores. Y todo entró nuevamente en una paz que no duraría, empero, demasiado. Persistía aún la inquietud; generación todavía romántica, tuvo brillantes exponentes que hoy dan jerarquía a nuestras casas de estudio. Y vino la otra generación inmediata, a la que pertenecíamos.

Llegamos llenos de admiración por la epopeya pasada, herederos de su romántica inquietud. Pero nos sentíamos crisálidas. Ya otras lecturas habían madurado inquietudes vagas, que no encontraban todavía su cauce. De golpe, la guerra europea, nos llenó, al comienzo, de asombro, luego de indignación, más tarde de asco y de dolor. Asistíamos al derrumbe de un mundo que creíamos — ingenuamente — afianzado en una aparente armonía. Aún soñábamos con una buena humanidad. El despertar fué tremendo; la desilución demoledora. Los que llevaban a la muerte a millones de hombres, no eran nuestros hombres. Y nos dedicamos, como Nietzsche, a arrojar desde arriba las piedras enormes de nuestros ídolos. Ya no podíamos vivir con nuestros buenos poetas románticos. La vida nos recibía con toda la dureza de su realismo trágico. Tuvimos que ser serios antes de tiempo, que buscar el por qué de toda esta barbarie, y huimos, para encontrar respuestas satisfactorias, de la “élite” magistral.

Luego, entre nosotros, el gran fenómeno del triunfo del radicalismo, hecho posible gracias a un gobernante que tuvo el valor de romper con su propio pasado, largando un cabo al porvenir: Sáenz Peña.

El radicalismo, fuerza instintiva, traía del seno del pueblo la inquietud, la rebeldía, el anhelo de algún cambio, el repudio por formas y conceptos de gobierno reñidas con la más incipiente democracia.

Luego, al año siguiente, la revolución rusa. Un imperio destrozado y una nueva aurora. Una esperanza. Y un año más, 1918, la revolución universitaria. Comenzó ésta como las del principio del siglo: por reivindicaciones lugareñas rematadas, en Córdoba, con la implantación del nuevo estatuto. Realizadas las elecciones de Rector triunfó el candidato de las viejas fuerzas. No se había comprendido el anhelo de la joven generación, que fué burlada, y surgió la huelga general. Magnífica juventud la de Córdoba. Nacida y crecida y educada, a la sombra de una selva de campanarios, en la plácida mollicie de un clima maravilloso, abrevando en centenarios claustros la ciencia — a veces infusa — de solemnes directores casi medioevales, despertó de golpe. Acudió a las masas populares, se dispersó por toda la República. Oradores fogosos parecían escapados de la “Convention”.

Fueron más allá de su ciudad, tuvieron noción de que sacudían algo más grande que la estatua de Trejo y Sanabria. Por eso, en su estilo girondino, ampuloso y grandilocuente, pudieron escribir esas palabras mag-

níficas, en el manifiesto lanzado, el 15 de junio: “A los hombres libres de Sud-América”: “Estamos pisando sobre una revolución, estamos viviendo una hora americana”. Europa nos había dado una lección, nos había arrojado el guante. Luego, lo que creo que sabéis: las conquistas.

En realidad, la Reforma fué: 1º) un “élan” y 2º) una realización inmediata. Lo primero, como el vital bergsoniano, hizo posible la creación de un organismo. En cuanto a las realizaciones inmediatas, el rejuvenecimiento de la universidad, gracias a los cambios de profesores; la docencia libre; los seminarios; la terminación de las camarillas y de los favoritismos; el impulso a la investigación; la enseñanza más práctica, la asistencia libre a las clases; más épocas de exámenes; la extensión universitaria; la participación del alumnado en el gobierno de las casas de estudio; la mejor organización gremial de los estudiantes; publicidad de las reuniones de los cuerpos directivos, etc. etc. En una palabra: renovación de los métodos de enseñanza y del profesorado, democratización de los centros de estudio, exteriorización de la universidad.

Vale decir, reforma en los moldes, reforma del contenido y reforma de la función de la universidad. No era, pues, ya posible — no es ya posible — y este es quizá el gran triunfo permanente de este movimiento, el retorno a la universidad aristocrática, hecha por unos pocos al servicio de una clase privilegiada. Sostenida por el pueblo, que le dá sus hijos y le dá sus posibilidades económicas, no puede ser, en el organismo social, un cáncer que de él se nutra, sin darle, en cambio, renovación vital.

Niego a los que dicen que nada ha quedado ya de la Reforma, porque algunos grupos—resabios del espíritu de las viejas generaciones—han cercenado muchas de las conquistas inmediatas. Queda lo que queda de todo movimiento que supo ser hijo de su hora: queda el surco profundo — aunque se hayan agostado algunas de las plantas — listo para nuevas siembras de los que vengan atrás. Queda la inquietud, vibrando todavía en el ambiente y queda el alma de una generación, que hizo lo que pudo y justificó su existencia. Nada se pierde del todo. Aún de los restos de lo que muere, saca la vida elementos para nuevas formas. ¿Y qué otra cosa que herencia de ese movimiento es lo que vemos en nuestras universidades, este florecer de una ciencia hacia afuera, de un pensamiento sobrio y profundo, de un sentido exacto de las relaciones entre autoridades, profesores y alumnos, de este nuevo sentido de la vida? Estoy seguro de que no volverá jamás la universidad argentina de fin de siglo. Y vosotros, estudiantes de La Plata, verdadero baluarte de ese nuevo espíritu, reflexivo, consciente de sus deberes tanto como de sus derechos, que comprende que el individuo es poco frente a la colectividad que lo alberga; vosotros tenéis, más que nadie, la obligación de retomar de nuestras manos, en la magnífica carrera, la antorcha que jamás debe apagarse: que debe ir alumbrando distintos climas, distintas horas y distintas inquietudes y distintas generaciones.

El Dr. Héctor Dasso, vuestro decano, reformista de la primera hora, me dijo ayer: Hable a los muchachos en mi nombre, porque mi dolor me impide estar con ellos, y dígales que estoy orgulloso de su conducta; que

su colaboración amistosa hizo posible todo lo que se realizó en mi decanato.

Y ahora, a seguir trabajando, en el aula y en el laboratorio. Que haciéndonos mejores, seremos obreros más eficaces en la obra de construir un nuevo mundo con una mejor humanidad. Recordemos el pasado, y sacando enseñanzas de sus virtudes y de sus errores, vivamos el presente y preparemos el porvenir. Este porvenir social y espiritual que en nuestro optimismo, siempre joven, nos parece perfecto. ¡Magnífica ilusión! Os aconsejo no abandonarla nunca. Si sois, por temperamento o por convicción pesimistas, sed optimistas por deber. Si no es posible, en algún momento de la vida trabajar con fé, que por lo menos lo sea con entusiasmo, como lo quería Ortega y Gasset. Interesa el resultado de la obra, no lo subjetivo que ponemos en ella. Amad la vida, que siempre es bella. Dadle más de lo que le pedís, que será más preciosa cuanto más nos cueste.

Trabajad por perfeccionar vuestra sensibilidad y para eso que nada os sea indiferente; ni la verdad, ni la belleza, ni el dolor. Sed comprensivos, que no es ser tolerantes, y procurad ser siempre jóvenes, único modo de ir redescubriendo el mundo y la vida, traspasados todos los horizontes; jóvenes con todos vuestros defectos y con todas vuestras virtudes. Cada época debe vivirse con un alma nueva y la vuestra no debe ser contaminada con el cálculo de probabilidades, por la medida, por los pro y contras del rigorismo formal. En vuestra sinceridad y en vuestro desinterés, está la explicación de vuestra acción. Tratad de custodiar vuestra independencia, no os dejéis guiar por malos pastores. La Reforma se ha desvirtuado ante muchos, porque hubieron quienes pagaron y hubieron quienes extendieron la mano en la infame aceptación del precio.

Procurad perfeccionar vuestras fuerzas morales y vuestro espíritu.

Dad mayor y mejor contenido a la bella ánfora. Para conseguir, en la perfección amada por los griegos, la ligereza del ala y la firmeza del pié. Y arco tenso, brazo robusto, ojo vivo y blanco lejano. Para lo demás estamos nosotros. Nosotros, los que tenemos ya que irnos acostumbrando, mal que nos pese y con cierta tristeza, a sabernos un poco de ayer. Y ya que no tuvimos el máximo privilegio de los dioses — el irnos jóvenes — nos consolamos en la ilusión de poderos dar un poco del entusiasmo que pusimos en nuestra hora moza y el resultado de nuestra labor. A veces las plantas más delicadas exigen un tibio sol de otoño.

A reformar la Reforma, a ser mejores que nosotros, a construir lo que no pudimos. Y a ser más buenos, más puros y más justos.

La Reforma: evocación y presencia (*)

POR

NOEL H. SBARRA

“La juventud es pura sólo por el hecho de ser juventud”.

DOSROJEWSKI

A los compañeros del Centro de Estudiantes—de 1935 a 1938—por la faena realizada en común. N. H. S.

I). ANUNCIACION

Cuando las centenarias campanas cordobesas descolgaban sus llamadas a misa, el sol apenas abría su corola luminosa sobre las calles de la ciudad, en aquella mañana del mes de junio de 1918.

Y ya camino a la iglesia las beatas se detienen absortas ante el convento de los jesuitas. ¿Qué manos sacrílegas habían descendido de su pedestal, allí, a dos pasos de la universidad, la estatua del Dr. Lucero, profesor ilustre y católico ferviente?

Un letrero decía así: “En Córdoba sobran ídolos”. Las viejas se santiguaron escandalizadas.

¿Qué había pasado en la ciudad donde no pasa nada?

Ahora el sol es una radiante flor de raso amarillo. De lejos llega un rumor de ola, una voz de viento. Las beatas se alejan presurosas.

(*)Este pequeño trabajo tiene como único objeto, poner en contacto a las nuevas promociones de estudiantes—que cada año llegan a la facultad—con el movimiento reformista. Sus objetivos no van más allá de la divulgación, aunque desearía hincar en la curiosidad del lector e incitarlo a un estudio posterior de la Reforma Universitaria. Los capítulos 1º, 2º, 3º, 4º y 8º fueron leídos en el acto conmemorativo del vigésimo aniversario de la Reforma, efectuado en el aula Pasteur, de la Facultad de Medicina el día 14 de junio.

Ha estallado la revolución estudiantil. Los estudiantes desbordan los claustros, salen a la ciudad, corren por las calles con los puños apretados; los gritos se quiebran en mil pedazos despertando a la ciudad-aldea hasta sus últimos rincones. Hay hervor de plaza pública; ritmo de lucha, ritmo de himno.

El pueblo mira con simpatía a los estudiantes. Y les acompaña. Se agrega a la columna; cierran los talleres, la huelga se provoca.

La jornada es áspera y al fin vence la nueva causa.

El descenso de la estatua de aquel católico, frente al convento de los jesuitas, tenía un significado simbólico. Los estudiantes cordobeses se pronunciaban, de tal modo, contra la universidad claustral. La sombra de fray Fernando Trejo y Sanabria, el fundador, pesaba agobiante sobre la secular casa de estudios. El estudiante quiere ya liquidar, de una vez para siempre, la vieja universidad: mitad teológica y mitad señorial. La universidad era retardataria, inactual. Allí se enseñaba la verdad corriente que nadie osaba discutir. Universidad sin contacto con la vida: el intocable usufructuario de la inteligencia estaba harto cómodo en ella, repitiendo la lectura de los textos.

Tocóle al estudiante cordobés ser intérprete de la voluntad de los estudiantes de América Latina. Y aquellos muchachos idealistas, exaltados por alumbramientos de futuro, hablaron "A los hombres libres de América del Sur".

Y América comprendió por su mensaje la ingencia del esfuerzo realizado. Su grito se estaba esperando. Córdoba era como una estrella orientadora brillando entre las nubes.

Tan hondo es el significado y tan grande es la idea que animan a la Reforma Universitaria, que ella se extiende pronto por toda América Latina, desenvolviéndose como una serpentina de luz: primero fué Córdoba, después Buenos Aires, Santa Fe en 1919; La Plata (1919-20), Tucumán (1921), Lima (1919), Cuzco y Santiago de Chile en 1920; México (1921), y más tarde Montevideo, La Habana, Bogotá, Trujillo, Quito, Guayaquil, Panamá, La Paz; Asunción...

Por doquier las gargantas musicales de la juventud entonan una nueva canción:

¡ Juventud, juventud, torbellino,
soplo eterno de eterna ilusión;
fulge el sol en el largo camino
que ha nacido la nueva canción!

Sobre el viejo pasado, soñemos;
en sus ruinas hagamos jardín
y marchando al futuro, cantemos,
que a lo lejos resuena un clarín.

II). EL ESTALLIDO

En Córdoba, a fines de 1917, surge el descontento a raíz de la supresión del Internado de los estudiantes de medicina en el Hospital de Clínicas. En medio de las protestas se inauguran los cursos de 1918, pero el Consejo Superior de la Universidad no cede. Se decreta la huelga el día 31 de marzo. Los estudiantes dicen en su manifiesto: “No nos rebelamos contra la universidad-laboratorio, sino contra la universidad claustral. Vibramos en el ritmo de la ciencia moderna y anhelamos la enseñanza acorde con sus claros y amplios métodos de investigar y aprender”.

La consecuencia inmediata es la intervención nacional, a cargo del Dr. José Nicolás Matienzo, que se redujo a reformar los estatutos de acuerdo con los que regían en la Universidad de La Plata.

Ello satisface a los estudiantes y se realiza la campaña para la elección de nuevas autoridades. Llega así el 15 de junio, día del acto eleccionario. El candidato de los estudiantes y de los profesores liberales era el Dr. Enrique Martínez Paz. El de la “Corda Frates” —corporación clerical que manejaba a su antojo a profesores, políticos y autoridades— era el Dr. Antonio Nöres.

Una barra estudiantil, numerosa y bullanguera, siguió la sesión. La tendencia liberal es derrotada y los estudiantes se precipitan sobre la sala, rápidamente desalojada por los electores, y toman posesión de la Universidad. La Federación Universitaria —momentos después— reunida en la sala del Consejo Superior, declara la huelga general.

Sobre los espíritus vírgenes, aquello produjo el efecto de una explosión.

Si la modificación de los estatutos —de acuerdo a sus aspiraciones— no les daba el triunfo ¿qué pasaba entonces? La juventud despierta al fin.

Es que el mal no estaba en los estatutos sino en el régimen, en los hombres, en las camarillas, que dominaban en la Universidad y fuera de ella.

Había que ir más hondo: reformar espiritualmente a la Universidad; hacerla más amplia, más generosa, más humana. Pero también de fuera —de la calle— llegaba un clamor: ¡abajo la oligarquía! El hecho tuvo significación popular: fué el pueblo, en ese instante dramático, quien mantuvo vivo el fuego de la rebelión estudiantil.

Al principio el mismo muchacho del 18 — fuerza sonora y vibración emocionada — no acertó a definir el movimiento que le tenía por protagonista, pero a poco que se acallaron los gritos y la voz volvió a su tono medio, todos comprendieron la significación democrática de ése movimiento que acunó la Universidad.

En la escena de la universidad de San Carlos entrarían ahora nuevos actores que la harían crujir bajo sus pasos fuertes. La revolución tenía su triunvirato: Enrique Barros que presidía el Centro de Medicina; Ismael Bordabehere, el de Ingeniería y Horacio Valdez, el de Derecho. Pero

Enrique Barros era el trepidante motor de la causa: el organizador, el táctico; era el nervio y era el músculo. Mientras tanto Deodoro Roca — ya egresado — redactaba manifiestos vibrantes como clarinadas en el alba.

El 9 de setiembre de 1918, a las 8 de la mañana, ochenta y tres estudiantes entraban por sorpresa en el viejo edificio de la calle Obispo Trejo. Así fué copada la universidad cordobesa.

Horas mas tarde las tropas del ejército — el 13° de infantería — desalojaban a los insurrectos, a quienes la justicia federal les abrió un proceso por sedición.

La aventura tuvo un valor puramente simbólico. Nada más. Pero tampoco el estudiante necesitaba más. La Reforma se empezó a escribir con mayúscula. Y echó a andar llevando, por el ancho cauce de América Latina, su "triple anhelo de renovación ética, política y social". Era como un filo de luz iluminando una esperanza futura.

III). LA MISION

La Reforma Universitaria nació como una necesidad de democratizar los estatutos que regían los cristalizados centros de cultura: se pedía a gritos la participación estudiantil en el gobierno universitario.

Ese fué su gesto y ademán primero.

Como directa consecuencia de la ingerencia estudiantil en el gobierno de la casa de estudios, se alcanzan otras conquistas que transforman por completo la estructura universitaria.

Tales conquistas son: la participación de los estudiantes en la elección de decano y de consejeros; la renovación periódica de las autoridades; la labor experimental de seminario y centro de estudios; la extensión universitaria; los exámenes semestrales; la asistencia libre a clase; la docencia libre; la provisión de las cátedras por concurso y la publicidad de los actos de los consejos que permite una acción de contralor.

No podemos detenernos a analizar el sentido y el alcance de cada una de las adquisiciones enumeradas, pero lo cierto es que de tal modo el alumno entra a tomar parte en la resolución de los problemas de la universidad y es, ahora, fuerza energética, viva y palpitante.

Pero la Reforma quiere que la Universidad se ocupe no sólo de la preparación profesional, sino que extienda su dominio al estudio de los problemas sociales, en sus distintos aspectos. Le da, pues, una función social que cumplir, y el estudiante adquiere conciencia de la parte de responsabilidad que a él le toca en cuanto se incorpora, en forma activa, al proceso histórico de la universidad argentina.

Joaquín V. González, en el discurso inaugural del ciclo de "extensión universitaria", en la Universidad de La Plata, que acababa de fundar, decía: "Una universidad moderna que no toma en cuenta el problema social, es una universidad exótica, y sus fuerzas se perderán en el vacío si no las dirige a procurar la armonía suprema sobre la que asienta la humana convivencia".

Es que, como escribe Ortega y Gasset: “La Universidad tiene que estar abierta a la plena actualidad; más aún, tiene que estar en medio de ella, sumergida en ella”.

Por eso la Reforma Universitaria tiene a las actuales generaciones constantemente identificadas con la vida nacional. Todos los acontecimientos son abordados, estudiados y discutidos, con normas que asientan, exclusivamente, en los valores de la cultura. La Reforma Universitaria acostumbró a la juventud a mirar con ojos serenos y penetrantes los grandes problemas nacionales y americanos, con predilección.

En lo que se refiere a la misión de la Universidad, el “Segundo Congreso Nacional de Estudiantes Universitarios”, reunido en Buenos Aires, en 1932, declaraba “que la Universidad debe entenderse como un organismo para transmitir sus conocimientos a todo el pueblo y el laboratorio donde se analicen todas las ideas científicas, filosóficas y sociológicas con el propósito de dar una cultura en función social para una actuación. consecuente en las diversas manifestaciones del vivir individual y colectivo.

La misión de la Universidad es pedagógica, de investigación y social.

a) **Pedagógica**, en cuanto imparte enseñanza cultural, científica y técnica o profesional.

b) **De investigación**, en cuanto fomenta e impulsa la investigación científica.

c) **Social**, en cuanto aquella enseñanza se orienta a incidir sobre la marcha y el perfeccionamiento íntimo y formal de la sociedad en que actúa”.

Se muestra así la doble faz del movimiento estudiantil: la **universitaria pura**, a realizarse en la Universidad, y la **social**, más amplia, que alienta un impulso renovador como fundamento para el progreso de la sociedad, creando una comunión de vida entre universidad y pueblo.

En esta segunda faz está, a nuestro juicio, la dimensión grande de la Reforma Universitaria.

El colombiano Germán Arciniegas—ex-secretario de la Federación de Estudiantes de Bogotá—habla de esta guisa: “¿Qué reclamaba el estudiante? El fuero de la vida. Iba a entrar en los laboratorios del mundo con las manos libres. *VIDA* fué una expresión que cayó sobre las juventudes como un descubrimiento”. Y recuerda esta frase de Renán: “La juventud es el descubrimiento de un horizonte inmenso, que es la vida”.

Vida significa ponerse en contacto con la realidad en que se vive. Descender hasta las más bajas capas de la sociedad y recoger en ellas nuevas enseñanzas, impregnadas del encanto simple y bello de las parábolas. La entrada de la Universidad en este nuevo escenario de la vida nacional representa, en efecto, el hallazgo de nuevas perspectivas de acción; un cambio de rumbo en su funcionamiento, el abandono de la estéril tendencia de apartar a los hombres de ciencia del resto de la colectividad.

“Y Córdoba dijo: abramos las ventanas de la Universidad”. Para que en la Universidad entre la vida de nuestro tiempo. De todos los tiem-

pos. Para modelar con ella en la Universidad el espíritu de la nación, más aún, el espíritu de América.

Ved, pues, este nuevo **sentido político** de la Universidad.

La palabra está, sin duda, desprestigiada. Nosotros la entendemos dotándola de una jerarquía superior.

Un intelectual ilustre de la España nueva, Luis Giménez de Asúa — en su libro “Al servicio de una Nueva Generación” — dice: “Ha circulado con ahinco una especie que ahora está ya claudicante: la de que los técnicos no deben preocuparse de temas políticos. Una aclaración urge antes de proseguir. No me refiero a la política militante en partidos o grupos banderizos. Aludo a los altos temas políticos, a las nobles discusiones en el área de la doctrina y de la realidad honrada. Los jóvenes que se preparan para la abogacía, la medicina, las matemáticas, la filosofía o la farmacia, son estudiantes de una especialidad; pero por cima de esa índole profesional, son hombres. Hay que educar el espíritu ciudadano, hay que dotar a nuestra conducta de un noble oriente político”.

Y política es la santa inquietud por los problemas sociales que son al fin de cuentas, los problemas de la patria.

Permitidme que, sobre la misión social que debe desarrollar la universidad, os lea esta hermosa página, debida a la pluma del licenciado Luis Chico Goerne, Rector de la Universidad Nacional de Méjico: “Una universidad así remozada, así entregada, así fundida con la vida real; un universidad que investiga hondamente a su país; que alivia con la ciencia sus necesidades y con la ciencia dignifica, levanta y sirve a los desposeídos; que busca las capacidades brillantes en las capas más humildes de la sociedad, que los educa y los entrega más tarde como capitanes y como guías auténticos de su pueblo; una Universidad generosa, que se entrega a todos sin limitaciones; que destruye, que aniquila los escollos y las barreras que antes se levantaban frente a la pobreza; que no da la ciencia a los jóvenes como riqueza ni como lujo, sino como deber y como sacrificio; que mezcla a la juventud y la derrama hasta los más escondidos rincones del vivir popular, que une en estrecho abrazo y en cordial entendimiento al joven cuito y al hombre que trabaja: es una Universidad, no cabe duda que al fin comienza a dar los primeros pasos por la ruta que traza el espíritu de su tiempo”.

Se dice que la Reforma Universitaria es una parte de la reforma social: la que atañe a la Universidad.

En puridad de verdad la transformación de la sociedad tiene causas complejas, de raigambre extrauniversitaria. Parécenos que algo se han confundido los términos. Creemos—con Pedro Verde Tello, que ha escrito sobre este mismo tema—que la Reforma está lejos de ser una panacea, ni se debe sobreestimar su verdadero y exacto significado.

No ha de salir de la Universidad la revolución social, y menos con declaraciones puramente líricas que no tienen arraigo de firmes convicciones. La verdad es que los estudiantes no le han solucionado problema alguno al proletariado. La unión de estudiantes y obreros ha sido episódica

— en momentos de refriegas callejeras, los más — y por lo tanto anecdótica.

El fraternizar con el obrero, participar en sus huelgas, escribir en sus periódicos, ha sido para el estudiante, más que nada, razón sentimental. Pero con pocas raíces. (Léase lo que dice Aníbal Ponce en el prólogo de “La Reforma Universitaria”, por Julio V. González).

No han faltado nunca los anhelos nobles de mejoramiento social y moral de la clase trabajadora, expresada en diversas oportunidades por instituciones estudiantiles. Buena fe, sí, pero nada más. “En la Universidad no se soluciona el problema social, dice Verde Tello, refiriéndose a la Reforma Universitaria. En ese sentido el camino a recorrer está fuera de la Universidad. Los estudiantes que se sientan solidarios con la clase trabajadora deben confundirse en sus luchas”. (“Renovación”, órgano de la F. U. La Plata, año 1922).

Es muy distinto **actuar para** el pueblo que **actuar con** el pueblo. Empleamos aquí un lenguaje de Jacques Maritain, quien define al pueblo “como una comunidad centrada sobre el trabajo manual, obrero y campesino y por los diversos elementos que resultan de hecho moralmente y socialmente solidarios con ella. Al decir comunidad, expreso que el pueblo no se define solamente por esa característica central de la función del trabajo, sino también por un cierto patrimonio histórico que a ella se agrega, de dolores, de esfuerzos y de esperanzas”.

“**Actuar para** el pueblo es “hacerle bien” y trabajar para su bien, mientras que la categoría de **actuar con** el pueblo, concierne a un orden de realidad más profundo: es hacerse uno con él, sentir con él, existir con él, sufrir con él, hacer propia su pena y propio su destino”.

Mientras no se sienta **de veras esa vocación**, nuestro esforzado deber ha de ser trabajar por elevar el nivel del pueblo, aportándole la ciencia y el arte, dignificándolo con todos los bienes de la civilización y la cultura. O como decía Jules Romains, el famoso sociólogo y novelista, filósofo y dramaturgo, que nos visitara en 1936, “dar al hombre una definición tan ambiciosa, que trabajar para él sea una tarea digna de los más grandes espíritus y trabajar contra él se transforme en algo carente de sentido”. (Discurso de inauguración de los P. E. N., Clubs, en Buenos Aires).

IV). EL IDEARIO

El movimiento reformista no estuvo — no podía estar — iluminado por la luz fría de la inteligencia sino por la agitada llama del dramatismo y de la pasión.

“La Reforma Universitaria, dice Raúl Haya de la Torre, se hizo empujada por la pasión, por la pasión eminente que mueve todas las grandes causas, especialmente aquellas que son características causas de juventud”.

Tiempos de forja, fueron aquellos.

Pero la Reforma Universitaria no se puede contemplar ya como un episodio aislado, ajeno el ánimo a su alto y generoso significado. Ella es— en su significado más simple, aún para aquellos que no captan, sino superficialmente, su verdadero módulo —, ella es, decíamos, una presencia que ha acompañado el desenvolvimiento de la Universidad argentina en estos últimos veinte años.

“La Reforma Universitaria es uno de los movimientos americanos más trascendentales”, escribió en 1929, el líder aprista. (“Construyendo el Aprismo”. - Editorial Claridad).

No es, pues, un signario inerte. **La Reforma Universitaria está penetrada de acción.** De ahí que su ideología devenga constantemente renovada en el hontanar del tiempo. El ideario reformista se va creando así de la sucesión de acontecimientos. La Reforma evoluciona y se transforma.

No era sólo emprender una campaña por la reforma del estatuto universitario. Ese fué el punto de vista más inmediato de la Reforma. Pero sus ansias iban mucho más allá: quería cambiar el carácter y la orientación de la Universidad; hacer de ésta un centro de investigaciones superiores en permanente vínculo con las palpitaciones del alma nacional. Quería substituir la universidad dogmática, cargada de preconceptos y prejuicios, que fosilizan el pensamiento, para ir tras la verdad asentada en el método científico y experimental.

Ambicioso intento de elevar el vuelo en continuo sondeo hacia la luz. Muchas veces vanamente.

La máxima aspiración es perseguir, bajo el signo de la Reforma, la transformación de la Universidad burguesa y profesionalista en órgano generador de cultura. La sociedad necesita buenos profesionales, técnicos capaces, y para ello exige certificados de idoneidad. Pero es necesario, también, dotar a estos profesionales de una vida superior en lo espiritual y en lo moral, para que puedan cumplir una función transcendental en la sociedad. Este es el concepto de la **cultura integral**, que tiende a hacer al hombre más verdaderamente humano y le permite desarrollar todas sus virtudes, sus fuerzas creadoras, perfeccionándolo armónicamente en los sentidos ético, estético y científico. Todavía la universidad — reformada como institución — no ha realizado ese concepto de la **cultura integral**, fuente del desarrollo pleno de la personalidad humana, que queda así como un ideal no alcanzado.

Tampoco puede ser la cultura monopolio exclusivo de los que tienen el privilegio económico de poder asistir a la universidad. Si gozamos de ese bien, meditemos en los que llevan una existencia dura y cruel, agobiados por el laborar fatigoso. Sintámonos solidarios con ellos y tratemos entonces de devolver a la sociedad siquiera sea una parte del patrimonio espiritual—científico, filosófico, artístico—acumulado durante años y años de lento esfuerzo y dolorosa experiencia; esfuerzo

y experiencia de los que resultamos beneficiarios por razones de nacimiento (1).

Pero también la cátedra debe tomar de afuera las ideas vivas, las ideas substanciales de un determinado momento. Vaya la Universidad a morder en la realidad, en la vida, y ello le dará calor humano.

La Universidad debe elaborar y difundir la cultura integral formada por los primeros principios y conclusiones, sobre ciencia, filosofía y arte. Es lo que en el lenguaje propio del movimiento reformista se dió en llamar **exclaustración de la cultura**, y para llevarla a cabo ningún organismo tan útil como la "**extensión universitaria**", cuando se la practica con un **hondo sentido social**. De otra suerte es totalmente ineficaz.

En el orden nacional la Reforma Universitaria vela por el mantenimiento de los principios de justicia y libertad, identificados con el régimen democrático de gobierno.

Movimiento esencialmente liberal, es en el orden internacional una afirmación de fraternidad humana en la paz, sin lucha de clases o de razas; antimilitarista y antiimperialista. Y ahora, también antifascista. Recordemos que la penetración nazi en nuestro país—y en otros países de América— ha sido el último elemento catalizador para la acción reformista.

La Reforma Universitaria prepara — en eficaz ejercicio — a las nuevas generaciones para estudiar y comprender los problemas de la patria y los problemas de América. Tiene así una categoría política, entendida ésta en su más alta acepción.

De todo ésto, una cosa aparece como evidente: que en la Reforma Universitaria — como todos los fenómenos sociales — confluyen una serie no bien determinada de factores que se van acumulando y corren soterráneamente hasta hacer eclosión cuando obra una causa desencadenante cualquiera. Así, de esas fuerzas un tanto misteriosas, nace la Reforma sin un ideario concreto y adviértese vaguedad en la doctrina, que no afectan, en verdad, la grandeza del movimiento, porque lo importante fué la irradiación y la influencia que él tuvo sobre las mejores almas de la juventud argentina y latino-americana.

"La intervención de la juventud en el gobierno de la Universidad es condición previa de la Reforma", escribió don Alejandro Korn. Y agregaba: "Su contenido espiritual surgirá luego de la acción. No se vive de arreglo a programas pero se marca un rumbo o un ideal a la vida. El ideal de la Reforma lo sentimos. Sus hombres, sus órganos, su táctica, su propósito inmediato, pueden cambiar; la idea que la anima persiste sin desmedro"

(1) En el artículo 9º del estatuto de la nueva Universidad Nacional de Méjico—una de las más avanzadas del mundo—se postula el pensamiento de substituir el concepto de cultura como patrimonio individual, por el de cultura como deber social, con la intención de eliminar el tipo de profesionalista que entiende su misión como una oportunidad de lucro.

V). CAUSAS Y EFECTOS

Las causas y los efectos de la Reforma Universitaria están más allá de la universidad misma. La investigación de las raíces genitoras de la Reforma ha preocupado siempre a los estudiosos y a los teóricos. Ello es necesario, sin duda, antes de interpretar y definir el movimiento.

Una abundante bibliografía ofrece ya al investigador un rico campo de estudio. Al artículo, al ensayo y al libro, donde se fija una posición doctrinaria o se le da un sentido o una interpretación singular al movimiento reformista, se agregan las declaraciones y los manifiestos — creaciones impersonales — donde queda captada la “pequeña historia” del mismo, que luego proyectará clara luz sobre un determinado momento o una determinada época. Y ello tiene, para el posterior juzgamiento, tanta importancia como la “historia grande”.

Agréguese a esto la parte episódica — la cincelada anécdota o el saltarín detalle — que cobra ánimo y presencia en la palabra viva despreñada de ese gran número de corazones — anónimos o encumbrados — que supieron entregarse, darse, con noble desinterés, a la causa auroal de la Reforma Universitaria.

Todo, todo, es necesario para aquilatar actos complejos en los que se mezclan, como en todo lo humano, elementos heterogeneos que forman la trama histórica de tan típico movimiento juvenil.

Los factores que determinaron el estallido de la insurrección estudiantil del año 18 son, de todos modos, difíciles de determinar. Y los actores de la época, protagonistas directos, difieren notablemente en la apreciación del hecho. De ahí que hayan aparecido las más variadas interpretaciones.

Se puede percibir, así, desde una modalidad romántica — una acentuación de lo sentimental y emocional — en la concepción del movimiento reformista, hasta una interpretación materialista, cuya más alta expresión la constituye el magistral trabajo realizado por Héctor P. Agosti (en la revista “Cursos y Conferencias”, de Buenos Aires).

Para Julio V. González — “actor prestigioso y teorizador elocuente, que ha dado a la Reforma su labor, su esfuerzo y su rectitud de conducta” — la causa íntima reside en haber sido un movimiento anticlerical y más aún, antirreligioso. Escribe: “Este es el concepto esencial que explica los hechos que estudiamos y las reacciones que provoca” (“La Reforma Universitaria”, año 1927, pág. 72). Razón ésta muy poco atendible, a nuestro juicio, ya que el invocado fué un fenómeno típico de la universidad cordobesa, pero que no incidía, como problema, en las universidades de La Plata o Buenos Aires. Por lo demás debía haber, en potencia, una causa que trabajaba soterráneamente hasta estallar en cuanto se hace conciencia, no sólo en nuestro país sino en toda América Latina. No hay que olvidar que la chispa es distinta en Córdoba, en La Plata y en Buenos Aires, universidades de características también distintas.

Carlos Cossio, en su interesantísima tesis de doctorado “La Reforma

Universitaria" (1927) desarrolla la doctrina del "idealismo histórico" —nombre que él propone— donde el segundo término de esta frase exprese ya exactamente lo mismo que "materialismo histórico".

Mientras que Adolfo Korn Villafañe define al movimiento como una protesta contra el positivismo y como un "idealismo nacionalista" (2), Florentino Sanguinetti y Saúl Taborda le dan una concepción anarquista.

José Luis Lanuza ("La Universidad y el pueblo", en "Renovación", 1924) y Mariano Hurtado de Mendoza, más tarde ("Carácter económico y valor social de la Reforma Universitaria" en "Nosotros", octubre de 1925) asignaron un carácter económico a la Reforma Universitaria. El segundo de ellos se preguntaba: ¿Cuáles son las causas de este movimiento realizado sin una definida orientación teórica, movido a puro instinto de masa? ¿No es científicamente legítimo interpretarlo como el proceso inconsciente, pero no por cierto menos lógico, de una derivación de la clase media al proletariado? De ahí que la universidad, cuya población mayor está dada por muchachos venidos de la clase media, sufriera los efectos de esa proletarización...

Decíamos, en el capítulo IV, "que en la Reforma Universitaria — como en todos los fenómenos sociales—confluyen una serie no bien determinada de factores que se van acumulando y corren soterráneamente hasta hacer eclosión cuando obra una causa desencadenante cualquiera". En ese fenómeno histórico, que se presenta como un **movimiento ideológico**, habría, también, un **determinismo económico**, imposible de desconocer.

Permítasenos, pues, que esquematicemos un poco para ordenar, de acuerdo a su valor, los factores que pueden haber influido en la génesis del movimiento reformista.

a) Factores predisponentes.

Debemos anotar aquí un factor capital: **la particular estructuración de la clase media**. Sergio Bagú, en un trabajo titulado "Las dos reformas" ("Unidad", febrero de 1936) explica que "lo fundamental no consiste en la proletarización de la clase media — como cree Hurtado de Mendoza—sino en el advenimiento en la Universidad de una categoría social nueva, formada a expensas del aluvión inmigratorio, que acababa de plantarse en primera fila en el escenario de la política nacional. Era una pequeña burguesía juvenil, engendrada por la revo-

(2) "Idealista no es el que tiene ideales, sino el que tiene "ideales idealistas" y el idealismo proclama que la persona humana es un valor supremo y el hombre, de acuerdo con el idealismo, puede cumplir libre y responsable una misión ética en la vida, porque el hombre de ninguna manera puede ser un medio sino un fin, como lo dijo Kant". "La palabra nacionalista se usa en el sentido de formar la personalidad cultural argentina" (Adolfo Korn Villafañe en su libro "1919", publicado por la Editorial reformista del Centro de Estudiantes de Derecho de Buenos Aires).

lución demográfica que trajo el extranjero y que adquirió personería política por la consecuente revolución económica”.

Nosotros adherimos a esta manera de pensar y la completamos, gráficamente, con lo que nos enseñan los censos.

La inmigración ha ido aumentando paulatinamente—recuérdese la fórmula de Alberdi: “Gobernar es poblar”—y el último censo, realizado en 1914, nos muestra que sobre 7.885.325 habitantes, 2.357.952 eran extranjeros (es decir un 30 %, o lo que es lo mismo, cada mil habitantes, trescientos son extranjeros). Quedaban, pues, 5.527.285 nativos, de los cuales más de la mitad eran hijos de europeos. (3)

La inexistencia del prejuicio racista por parte de nuestro pueblo, permite a esos extranjeros incorporarse—más aún fundirse en cuerpo y alma,— a la vida de la nación. La clase media es ahora fuerte y extensa ;toma entonces, en la dinámica social, la posición de vanguardia a fin de acelerar el proceso de renovación de valores. Esa clase media, que traía inquietudes espirituales propias, se iba a canalizar en una corriente popular — el radicalismo — que llegaba a pedir con voz fuerte el puesto que le correspondía en el gobierno de la cosa pública.

b) Factores determinantes.

1º **El advenimiento del radicalismo.** Suma importancia es preciso asignar, en la génesis de la Reforma, a la llegada del radicalismo al poder, pues significaba el ascenso de una poderosa fuerza democrática nutrida, principalmente, en aquella clase media. Porque conviene destacar lo que significó para la evolución y elevación cívica argentina la ley del sufragio libre y secreto. Recuérdense las conferencias del Presidente Roque Sáenz Peña con Hipólito Irigoyen, jefe del radicalismo, de donde surgió la necesidad de entregar al pueblo la elección de sus gobernantes, como manera de abrir un rumbo definitivo para la marcha de nuestra incipiente democracia. Se instituye el voto secreto y obligatorio: con ello se pone en manos del pueblo el instrumento legal de su soberanía y el arma necesaria para derrotar a la oligarquía vacuna que sólo podría volver al gobierno mediante la fuerza—en setiembre de 1930—y quedar en él mediante el fraude (4).

(3) El primer censo, efectuado en 1869, da una población de 1.737.026 habitantes, de los cuales 1.526.734 son argentinos y 210.292 son extranjeros (Cada mil habitantes hay 121 extranjeros).

El segundo censo — año 1895 — da 3.954.911 habitantes de los cuales 2.950.384 son argentinos y 1.104.527 son extranjeros. (Cada mil habitantes hay 254 extranjeros).

Conviene, además, anotar estas cifras referentes al modo de distribución de la población: En 1869 la población urbana era el 28 % de la población total del país; en 1895, es ya el 37 % y en 1914, supera ampliamente a la población rural, es el 60 %.

(4) El radicalismo, por otra parte, es una rectificación del positivismo, que es la ideología que informa la vida argentina después de Caseros. En las “Ba-

2º) Las nuevas corrientes ideológicas.

La visita que Ortega y Gasset realiza al país en 1916 es verdaderamente trascendental.

Augusto Comte (1798), padre del moderno positivismo, y Herbert Spencer (1820) ejercían su pesado dominio en las ideas filosóficas argentinas. Con la llegada de Ortega y Gasset el neokantismo viene a incrustar un airon nuevo en la filosofía oficial: los modernos sistemas encuentran rápido eco en los estudiosos de la generación que se venía plasmando. Pero es necesario destacar aquí, que don Alejandro Korn (1860-1936) si bien formado en el seno del positivismo, había abandonado la trillada senda para tomar otra que lo conducía al creador del criticismo: Kant.

Don Alejandro, que ocupaba desde 1909 el cargo de profesor titular de Historia de la Filosofía en la facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, se convirtió en el paladín del antipositivismo. El positivismo ya había dado lo suyo en manos de Juan Bautista Alberdi y era preciso superar esa filosofía que informaba la obra alberdiana porque eran nuevos problemas los que debía afrontar la nación. Es entonces el retorno al idealismo kantiano. Había que seguir nuevos rumbos. Y Korn estaba para señalarlos: **¡Incipit vita nova!** Era el año 1918.

En puridad de verdad, si nos detenemos un poco en Korn es más que nada, porque él se constituyó—en cierta manera—en el mentor espiritual del movimiento reformista en la Universidad de La Plata.

Vice-decano de la Facultad de Ciencias de la Educación cuando estalló la huelga de 1919, apoyó la acción de los organismos estudiantiles, mientras la gran mayoría de los profesores estaba en el bando contrario. Ejerce su influencia a través de algunos jóvenes —principalmente Héctor Ripa Alberdi— que por aquel entonces se congregaban en un prestigioso organismo cultural: la “Asociación de Ex-alumnos del Colegio Nacional”. En el primer número (marzo de 1918) de la re-

ses” (1852) no sólo está el pensamiento de Alberdi, sino también el de Sarmiento, Mitre, Avellaneda, Roca, etc. La clase universitaria —valga el nombre— era expresión de ese positivismo alberdiano. Dice Carlos Cossio en su libro “La Reforma Universitaria” (pág. 97). “Más que una afirmación ideológica el radicalismo es una afirmación práctica de modo casi exclusivo. Luego hay que juzgarlo e interpretarlo por sus hechos antes que por sus palabras; en Irigoyen más que sus documentos, interesa su acción. Y el concepto más importante que surge de la acción del radicalismo es la democratización de la vida cívica del país. Democracia es, quizá, la única idea que se ve en los teóricos radicales de la iniciación, como Del Valle o Alem. Democracia es la finalidad que se ve en todos los actos de Irigoyen”.

Sin embargo no está demás apuntar que Irigoyen no gobernó con aquella “clase universitaria” compuesta, en su mayoría, por ideólogos de viejo cuño y al prohijar a la Reforma Universitaria dió oportunidad a que se fuera formando una intelectualidad que trae en sí misma una ideología idealista, antípoda de la anterior.

vista "Atenea", órgano de dicha asociación, aparece el pequeño ensayo "Incipit vita nova", que es su mensaje orientador. (5)

Mientras tanto en Buenos Aires las ideas renovadoras iban fermentando en distintos grupos: el Ateneo Universitario—con su periódico "Clarín" y su revista "Ideas", que dirigía José M. Monner Sans—, el centro Pro-Córdoba Libre; la Unión Universitaria; la Federación de Asociaciones Culturales y, entre otras varias, el Colegio Novecentista — fundado en 1917 — en cuyos cuadros formaban los iniciados en la filosofía antipositivista. (6)

"El movimiento de repudio a la ideología pasada es de realidad innegable. La juventud "no vulgar" lo proclama a todos los vientos", dice Carlos Cossio. Pero cabe preguntarse: ¿sobre quiénes actúan las nuevas corrientes? Es indudable que no sobre la masa estudiantil. La **masa** es la fuerza social **actuante**, no pensante. Y la Reforma Universitaria fué esencialmente un movimiento de **masa**; movimiento instintivo de raigambre democrática. "La Reforma Universitaria no aparece propiamente como una afirmación ideológica si por ideología hemos de entender estrictamente la posesión clara de un sistema de conceptos, es decir una posición teórica concreta en sí misma y en todos los órdenes de su desarrollo. Todo lo que ella ha pensado es superficial, vago, equívoco, elemental. Sus manifiestos y congresos son más palabras que pensamientos. Apenas llevan lo indispensable para denominar la acción, casi nunca para orientarla. En cambio la Reforma Universitaria se presenta como una afirmación práctica verdaderamente admirable. Es ante nada una conducta permanente de casi todos los estudiantes, una actitud absolutamente definida, una acción universitaria que constantemente se afirma como un claro repudio a la antigua realidad práctica en un desorientado movimiento de superación. Por eso la Reforma Universitaria es la primera afirmación práctica de la nueva generación". (7)

"La Reforma fué, primero, toda acción. Jamás se vieron multitudes tan compactas y entusiastas que desafiaban las cargas policiales en aras de una aspiración puramente universitaria, por lo menos en sus primeros enunciados. La teoría llegó después y ella redactó la fórmula del ideal político, que amplió enseguida con un planteo cultural y pe-

(5) El doctor Alejandro Korn fué el primer decano reformista que tuvo la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, elegido con la participación de los estudiantes. Su contrincante fué otro auténtico maestro: José Ingenieros, que encarnaba el positivismo dominante.

(6) Los miembros del Colegio Novecentista se definían, ellos mismos, del siguiente modo: "Novecentismo quiere ser suerte de nombre o seña de la actitud mental, de unos cuantos hombres de hoy — nuevos y del novecientos — a quienes no conforma ya el catón espiritual vigente".

(7) "La Reforma Universitaria o el problema de la nueva generación" (pág. 94-95) por Carlos Cossio. Editado por el Centro de Estudiantes de Derecho de Buenos Aires (1927).

dagógico. Pero si en la necesidad de luchar para derrocar el viejo régimen de las oligarquías académicas estuvieron todos los reformistas de acuerdo, no lo estuvieron más tarde, cuando se buscó en el mundo de las ideas la explicación del movimiento y el fin que se perseguía” (8).

3º) **La guerra mundial (1914-18) y la revolución rusa (1917).**

Son éstos, dos fenómenos que vienen a conmover espiritualmente a la juventud, al tiempo que amplía su visión. Al terminar la guerra dos caminos se abrían ante los ojos de los hombres jóvenes: un camino de tinieblas y de dolor que conducía al teatro de la matanza, donde quedaban los jirones de una civilización y un camino de libertadora esperanza que llevaba a Rusia, donde la hoguera de la revolución ya iluminaba al mundo con lumbraradas desconocidas.

El hombre joven estaba perplejo: ¿Por qué se hace la guerra? La misma angustiada pregunta que formulaba a sus compañeros, durante la tregua desolada de una mañana en los campos de combate, uno de los personajes de “El fuego”, de Barbusse: “Después de todo, ¿por qué se hace la guerra? No se sabe; pero, para quién sí puede decirse. Nos veremos forzados a reconocer que si cada nación lleva al ídolo de la guerra la carne fresca de mil quinientos jóvenes para que sea desgarrada cada día, es por gusto de unos cuantos cabecillas que podría contarse: que los pueblos enteros van a la carnicería, ordenados en rebaños armados, para que una casta galoneada de oro escriba sus nombres de príncipes en la historia; para que gentes doradas, también, que forma parte de la misma gentuza, abarquen más negocios”.

“No habrá más guerra cuando el espíritu de la guerra sea vencido”. Y el estudiante del 18 fué pacifista, antimilitarista, y odió a los que alimentan la vanidad patrioter y el amor de la supremacía por la guerra.

El estudiante volvió los ojos a Rusia. José Ingenieros (1877-1925), que fuera uno de los más enjundiosos inspiradores de la Reforma Universitaria, seguía y estudiaba la revolución rusa, a la que prestó fervorosa adhesión: en mayo de 1918 dió una conferencia en Rosario (“Ideas viejas e ideales nuevos”) y en noviembre del mismo año habló en el teatro Nuevo de la Capital Federal, ante una gran concurrencia. Al día siguiente los diarios señalaban a dicho acto como la primera reunión maximalista que se realizaba en Buenos Aires.

Como quiera que sea los jóvenes que soñaban con el porvenir de una civilización más benévola, leyeron mucho, leyeron con avidez, y eso les dejó un gran sedimento de enseñanzas y el germen fecundo de un anhelo de superación. Y quedó, también, la influencia romántica de la postura revolucionaria.

c) Factor desencadenante.

¿Cómo y dónde iban a mostrarse las causales que hemos analizado? El factor desencadenante fué, necesariamente, la universidad.

(8) “Vida ejemplar de José Ingenieros (pág. 203) por Sergio Bagú. Editorial Claridad.

En primer lugar porque llega el momento en que esa mutación ideológica en la juventud del país va a provocar la explosión de un estado de conciencia social que se había ido formando alrededor de los anacrónicos centros de cultura. La universidad no respondía ya a las exigencias de la época: era rutinaria y dogmática. Se sentía la necesidad de cambiar las bases pedagógicas, cristalizadas en viejos moldes. Era necesario, también, dar otro sentido a la función universitaria en su doble aspecto cultural y social.

Ya las "ideas vigentes", las que impartía la vieja universidad, no concordaban con las ideas del nuevo medio social. El país había dado un paso adelante — nada más que un paso — en su progreso político y social. Para que la universidad siguiera el nuevo ritmo había, pues, que conmoverla, que agitarla. De esta tarea se encargó la mocedad.

Pero existía algo más. En 1916 el voto secreto desalojó de sus posiciones en el gobierno del país a la oligarquía agropecuaria y ésta, ante el empuje democrático, había ido a refugiarse en la universidad. Era necesario barrerla de allí y se la barrió. Pero no del todo: la reacción—favorecida por tiempos propicios—tiene todavía firmes baluartes en la universidad.

Veamos, en forma sucinta, cuáles eran las características de las tres principales universidades argentinas al estallar el movimiento del 18.

La Universidad de Buenos Aires: era individualista, positivista. El positivismo capitalista era dueño de la universidad e impedía la entrada de nuevas ideas. La enseñanza era dogmática y eminentemente profesionalista, al punto que los planes de estudio excluían todas aquellas asignaturas que nada aportaban directamente a la formación del profesional.

La Universidad de Córdoba: en ella el clericalismo, por tradición trisecular ejercía una total absorción social, política y educacional. Al punto que existía allí la única cátedra de "Derecho público eclesiástico" (única en las facultades de derecho del país) con textos oficiales debidos, uno a un cura jesuita y otro a un obispo chileno. En un capítulo de este último libro se niega al Estado "el derecho de la instrucción primaria de los ciudadanos pretendiendo que ésta es una función propia de la Iglesia" ("El conflicto universitario de Córdoba", por Juan B. Justo).

La Universidad de La Plata. Era de tipo algo distinto a las anteriores. Había sido fundada con el propósito loable de que en ella imperara la investigación científica y los métodos experimentales. Bien pronto se frustraron esos ideales. Ya en 1909 Joaquín V. González había hecho sancionar una ordenanza por el Consejo Superior, según la cual no podía otorgarse diploma profesional sino después de haber cursado filosofía en la facultad de Ciencias de la Educación (hoy de Humanidades y C. de la E.). Con ello se le quitaba un tanto su carácter puramente técnico—atendiendo tanto al hombre como al profesional—, pero bien pronto la saludable innovación fué derrocada por el positivismo

al derogarse la ordenanza en cuestión. Con todo la idea de anexar a la enseñanza el Museo y el Observatorio traía un deseo de incorporar estudios de carácter experimental. A pesar de ser una universidad de tipo técnico-profesional fué la que mejor pudo asimilar — porque en cierto modo estaba preparada — las modificaciones institucionales que la Reforma Universitaria llevó a las universidades tradicionales. (9)

De tal manera en su última y singular esencia la Reforma Universitaria sería un problema de la cultura. Nuevas verdades, nuevos ideales, nuevas normas — que constituyen en conjunto la cultura social de un pueblo — fueron formando una nueva conciencia nacional (no la formación del individuo como ente autónomo sino en conexión con la sociedad) realizada por intermedio de la universidad. El problema de la socialización de la cultura consiste en “hacer la cultura más social; es decir, más comprensiva de todos los problemas que origina la vida en sociedad, los que están determinados por todos los valores culturales sin excepción”.

La Reforma Universitaria es el profundo tajo que divide a dos generaciones, históricamente consideradas. Y “Se dice que una generación histórica ha llegado cuando cambia el tono de la sensibilidad, la línea de la actitud, el ritmo de la marcha”. (10)



La “nueva generación histórica” iba, pues, a cumplir su destino en América Latina. En todos los documentos iniciales del movimiento se expresa el sentido americano con que se le alentaba. El 23 de junio de 1918, la Federación Universitaria de Córdoba decía en un manifiesto

(9) La chispa del movimiento en La Plata fué un hecho banal. En julio de 1919 la Federación Universitaria, que entonces presidía Luis H. Sonmariva, eleva un memorial denunciando irregularidades de orden administrativo y docente en la Facultad de Agronomía y Veterinaria y en la Escuela de Santa Catalina, pidiendo la intervención de dichos institutos. En octubre del mismo año, en vista de que el Consejo Superior daba largas al asunto en cuestión, se declara la huelga general e indefinida. En noviembre los estudiantes toman el Museo (de los días 18 al 23) y el 5 de diciembre la Universidad. Se consigue, al fin la caducidad de las autoridades de la Universidad, cuyo presidente era el Dr. Rodolfo Rivarola. El 1º de julio de 1920 se produce la reforma de los estatutos de la universidad por el P. Ejecutivo de la Nación. El movimiento continúa con el conflicto del Colegio Nacional, desde la designación de rector Saúl Taborde (setiembre de 1921) hasta la elección de Benito Nazar Anchorena (setiembre de 1922) con el auspicio estudiantil. Este presidente desvirtúa bien pronto los principios reformistas determinando un período de regresión ideológica.

(10) Ricardo Rojas en la revista “Nosotros”, N° 174.

Julio V. González define así: “La generación histórica es la serie de las generaciones orgánicas que del complejo de sus elementos particulares saca una característica general, cumple un ciclo y se define, por tanto, con rasgos propios dentro de él”.

que las nuevas generaciones “exigen un cambio total de los valores humanos y una distinta orientación en las fuerzas espirituales en concordancia con una amplia democracia sin dogmas ni prejuicios”, y completaba la declaración con estas palabras: “estamos al comienzo de una nueva civilización, cuya sede radicaré en América”.

“La Reforma Universitaria nace en la Argentina pero tiene un carácter legítimamente americano”, dice Haya de la Torre. Porque en toda América había las mismas ansias de renovación, las mismas ansias de arrojar el lastre de viejas tutelas. El terreno estaba preparado. La voz de la juventud americana es la voz del instante que adquiere en cada lugar una entonación personal, un acento propio. La corriente partida de Córdoba pasa por ellas y es aprehendida: participan en el movimiento general de la idea reformista, reelaborando la doctrina nueva que se acepta.

Un examen sucinto de la agitación continental lo muestra claramente.

Movimiento estudiantil peruano (1919).

Al iniciarse el año 1919 se emprendió una campaña contra los malos profesores de la universidad, abogándose por la Reforma Universitaria. Las campañas oratorias de Alfredo Palacios habían inflamado el ambiente. De pronto, en el mes de junio, un hecho banal producido en la facultad de Letras, fué la chispa inicial de la revuelta. Se decreta la huelga general en toda la universidad. El 4 de setiembre una manifestación llega frente al palacio de gobierno y los dirigentes ponen en manos del presidente de la República un memorial donde solicitaban el apoyo gubernativo y pedían se hiciera defensa de los legítimos anhelos y derechos estudiantiles. Esto ocurría en los primeros meses del gobierno de Leguía, llevado al poder por las clases populares — a las que después traicionó —, para impedir la ascensión del candidato civilista (partido conservador del Perú) Aspíllaga, a quien sostenía el presidente de la República, que lo era José Pardo.

Augusto Leguía tenía interés en continuar apareciendo a los ojos de la juventud como líder de la democracia y por eso accedió a las exigencias estudiantiles.

No bien hubo terminado el movimiento de reforma la Federación de Estudiantes renueva autoridades y Raúl Víctor Haya de la Torre — estudiante de derecho — es elegido presidente. Fué entonces — marzo de 1920 — que se reunió en la vieja ciudad del Cuzco un congreso nacional de estudiantes para tratar cuestiones universitarias y problemas sociales, que ya comenzaban a preocupar a la juventud. Dicho congreso vota una resolución que habría de tener efectos trascendentes: la creación de la Universidad Popular, bajo la dirección de la Federación de Estudiantes del Perú. Esta institución de libre cultura popular es el más grande y perseverante de los movimientos realizados por la juventud del Perú. Ganada la confianza del obrero — cuya causa defendía — la Universidad Popular fué bautizada, en 1923, con el nom-

bre de “González Prada”, en homenaje a ese gran luchador social — desaparecido en julio de 1918 — que salido del seno de una rica familia limeña trabajó toda su vida, incansablemente, por la liberación económica de las clases humildes, y a cuyo lado creció la recia figura de Haya de la Torre.

Su lema decía: “La universidad popular no tiene más dogma que la justicia social”. No hubo — y no hay, en el Perú — movimiento obrero que no tenga la solidaridad de la Universidad Popular González Prada.

Al comenzar el año 1921, Leguía, en su afán de exterminar a sus enemigos políticos desplazados por él del gobierno, empieza sus atropellos: persecuciones, prisiones, deportaciones, están a la orden del día. Intelectuales y profesores inician una campaña en favor de la democracia conculcada. Con el auspicio de la Federación de Estudiantes se realiza, en el patio de la universidad de San Marcos, un mitin de protesta que es perturbado por la presencia de un grupo de gente armada. Se clausura la casa de estudios, hasta que se reabre en 1923, cuando el gobierno declaró que estaba dispuesto a respetar la autonomía universitaria.

La separación de profesores en las distintas facultades, tachados por incapaces, es causa de revuelta en 1923 y 1924. Se trataba de tener buenos maestros y poco a poco las autoridades van comprendiendo el desinterés y el fervor de los estudiantes por mejorar la universidad. Ya en 1924 el Rector y los Decanos discuten con los estudiantes los problemas universitarios.

El dictador Leguía — que ha roto ya definitivamente con el pueblo — amenaza a cada instante con clausurar la universidad a la que teme porque los estudiantes combaten sin desmayos sus métodos tiránicos, su sometimiento al capital yanqui, la defena de los intereses del clero y de los terratenientes que esclavizan al indio.

El tirano Leguía, deseoso de perpetuarse en el poder, había resuelto efectuar una extraña ceremonia: consagrar la República al Corazón de Jesús. Con ello se suprimía la libertad religiosa mientras se daba enorme poder al clero, rico y extranjero. El imperialismo yanqui, ambicioso del petróleo peruano, incitaba a realizar la farsa.

La Universidad Popular inicia, entonces, un movimiento de protesta, que es apoyado por los estudiantes. Estos organizan, el 23 de mayo de 1923, una asamblea en el aula magna de la Universidad. Después del acto, la concurrencia, formada por centenares de obreros y estudiantes, se encauza en una manifestación que pronto choca con la policía. La refriega fué terrible, en ella perdieron la vida un obrero y un estudiante, resultando, además, numerosísimos heridos. Se decreta la huelga general en la universidad y el paro obrero. El gobierno toma represalias: destierra a Víctor Raúl Haya de la Torre, la Universidad Popular, la Federación de Estudiantes y los centros obreros, son clausurados.

La Federación de Estudiantes, bajo la presidencia de Manuel Seoane, inicia una lucha titánica contra la tiranía.

El año 1924 fué de intensa agitación: los ideales de la Reforma habían hecho conciencia en la masa estudiantil.

No debemos terminar este breve relato sin dejar de mencionar dos hechos importantes: primero, que son los estudiantes peruanos — como antes habían sido los chilenos — quienes se oponen a las manifestaciones patriotas que desean arrastrar a la guerra a los dos pueblos hermanos; y segundo, que la Reforma Universitaria tiene en Perú una gran hija legítima, que es el “Apra” (Alianza Popular Revolucionaria Americana) partido fundado por Haya de la Torre y hoy mayoritario en el Perú. (11)

Movimiento universitario chileno (1920).

En 1920 la prensa de Chile lleva una infame campaña “chauvinista” contra la Federación de Estudiantes, a la que se acusaba de antipatriota y más aún, se insinuaba que recibía dinero del Perú. Eran los momentos de tirantez en las relaciones chileno-peruanas por la cuestión de Tacna y Arica, y la Federación de Estudiantes, con espíritu pacifista, sostenía los ideales de fraternidad americana luchando contra el militarismo, la burguesía y la incomprensión de los gobiernos que deseaban arrastrar a la guerra a los pueblos hermanos.

El 21 de julio fué asaltado el local de la Federación por huestes armadas que dirigían oficiales del ejército y aristócratas partidarios de Barros Borgoño, candidato a la presidencia de la República por los partidos tradicionales en contra de Arturo Alessandri que a la sazón era el candidato popular.

El 30 de setiembre, sobre el dolor y el sacrificio de estudiantes y obreros, Alessandri llega al gobierno, desde donde persigue y encarcela a los mismos que le habían llevado al triunfo, olvidando de tal modo sus promesas de candidato.

Ya en el mes de junio se había realizado la primera convención estudiantil chilena, que estatuye, en su “Declaración de Principios”, la cuestión social, las cuestiones internacionales y la educación nacional, donde se postulaba el advenimiento de la universidad nueva como base para el perfeccionamiento espiritual del hombre.

Pero es en 1922 cuando se logra el triunfo de los principios fundamentales de la Reforma, aclamados en la convención de junio de 1920. La Federación de Estudiantes dice en un manifiesto: “No ha sa-

(11) El A. P. R. A. (Alianza Popular Revolucionaria Americana)—fundada en diciembre de 1924—es el partido revolucionario anti-imperialista latinoamericano que organiza el gran frente único de trabajadores manuales e intelectuales de América Latina para defender la soberanía de nuestros países. Además de luchar contra el imperialismo y por la unidad política de América Latina, el APRA lleva una acción por la reivindicación del indio que es el elemento autóctono de América, hoy esclavizado por una situación económica inferior.

bido nuestra universidad cumplir su misión individual ni tampoco acertadamente su misión social. Y su producto ha sido eso que se ha dado en llamar el profesionalismo: legiones de individuos apegados a estrechos egoísmos y a sombrías concepciones del pasado. Necesitamos derrumbar los viejos conceptos y abrir nuestra universidad a todas las corrientes científicas, éticas y estéticas”.

Y como reivindicaciones inmediatas, los estudiantes quieren la autonomía de la universidad, la representación del alumnado en los consejos, la docencia libre, la asistencia libre a clase y la extensión universitaria como medio de vincular la casa de estudios a la vida social. Claro está que todas estas conquistas no se llevaron a cabo de una manera pacífica: hubo intervención de la fuerza armada en la Universidad de Chile y varios estudiantes fueron expulsados del país por el gobierno.

Se decreta la huelga general por ocho días. Los alumnos de la Universidad católica no adhieren al movimiento.

El presidente de la República llama a su despacho a los dirigentes estudiantiles para comunicarles que el gobierno prestará especial atención al estudio de las reformas propuestas.

Normalizada la situación el Consejo Superior de Instrucción reacciona violentamente y en uso de una facultad de su exclusivo manejo, expulsa de la universidad a los estudiantes que se habían colocado al frente de la campaña reformista. Los estudiantes intentan ir nuevamente a la huelga pero los alumnos afectados por la arbitraria medida no lo consintieron. Prefirieron sacrificarse y llevándose el reconocimiento y la adhesión de sus compañeros se alejan de Chile para ir a continuar sus estudios al extranjero.

En Méjico la Reforma Universitaria es culminación del movimiento democrático iniciado en 1910 contra la dictadura oligárquica de Porfirio Díaz, aunque allí no pesaba la clase media sino la clase campesina.

Es en Méjico donde se reúne el “Primer Congreso Internacional de Estudiantes” (setiembre-octubre de 1921) en el que se formulan importantes declaraciones de orden pedagógico y social, al tiempo que se condenan las tendencias imperialistas y todos los hechos de conquista territorial por la fuerza armada.

Hoy la nueva Universidad Nacional de Méjico es una de las más avanzadas del mundo, perfectamente identificada con la vida de la República y llevando hasta las capas más humildes de la sociedad los beneficios de la cultura.

El movimiento reformista en el Uruguay (1923).

En el Uruguay no existía Federación de Estudiantes y sólo funcionaban los Centros de cada facultad, que trabajaban en forma aislada. Se funda entonces la “Asociación Cultural Universitaria” con el fin de realizar la obra eficaz de Reforma Universitaria y de renovación ideológica en un sentido amplio. La Asociación es integrada y dirigida por estudiantes de todas las facultades y además de los principios de

reforma a cumplirse dentro de la universidad, postula principios en material social, política e internacional.

La Reforma en Guatemala.

Se puede apreciar en Guatemala un movimiento tendiente a la reforma en los centros superiores de estudios, desde el derrocamiento de la tiranía de Manuel Estrada Cabrera el 15 de abril de 1920.

Dentro de la tiranía existió la universidad "Manuel Estrada Cabrera", nombre que le hicieron dar un núcleo de diputados adictos al tirano. Se le quita ese nombre y se le da el que le correspondía: Nacional. Después se le dió autonomía y se la hizo libre de todo impuesto para los estudiantes. Se proyecta una reforma por la cual el Consejo Superior, además del Rector y los decanos, estaría integrado por un delegado estudiante por cada facultad; la elección del rector en votación directa y secreta de todos los profesionales de la República; la intervención de los alumnos en los consejos de las facultades; la elección de los profesores por los estudiantes; la docencia libre y la extensión universitaria. Este proyecto no llega a ser ley porque el 5 de diciembre de 1921 el partido liberal federalista toma el poder a raíz de un golpe de estado y ello determina la regresión de la universidad. Se declara la huelga estudiantil pero el gobierno declara cesantes a todos los estudiantes que prestan servicios en hospitales y oficinas públicas, expulsando del país a los cabecillas del movimiento.

El movimiento en la República de "El Salvador" (1926).

El 1º de febrero de 1926 se funda la "Asociación General de Estudiantes" con el siguiente programa: autonomía de la universidad; hacer efectiva la extensión universitaria, secundaria y escolar en la clase obrera y campesina; alfabetización de la clase obrera prestando su concurso decidido a la universidad popular; difusión del libro científico y literario creando bibliotecas; intervención de la mujer en las luchas sociales; luchar contra todos los imperialismos y, por lo que se refiere al continente americano, contra el imperialista yanqui; trabajar por la paz de los países latino-americanos.

La Reforma en Cuba (1923).

A fines de 1923 se reúne en La Habana el primer congreso de estudiantes, convocado "con fines de perfeccionamiento de la acción estudiantil en los campos educacional, social e internacional". Como consecuencia del congreso se funda la "Confederación de estudiantes de Cuba", la que al constituirse declara que el nuevo cuerpo venía a "luchar por los principios enunciados por la juventud cordobesa en 1918".

La Reforma en Colombia (1924-25).

En octubre de 1924 los estudiantes de Bogotá dan a conocer una declaración en la que piden reformas para la universidad colombiana

donde reina el más estrecho criterio profesionalista, al punto de que no hallan campo en ella las ciencias sociales ni la preocupación filosófica.

En las cátedras se repiten los textos, que se toman al pie de la letra. La política manda en la universidad: nombra autoridades y profesores.

Los estudiantes exigen la autonomía de la universidad; desean cambiar los textos por el laboratorio, el gabinete y el seminario; quieren ardientemente la universidad social, instrumento de cultura popular; aspiran a que los consejos estén integrados por profesores y alumnos; piden la docencia libre y la asistencia libre a clase. Quieren, en fin, que la universidad sea un organismo abierto, dinámico y útil.

El Segundo Congreso Nacional de Estudiantes, reunido en Bogotá, da una declaración por la unión de los estados latino-americanos estrechando vínculos de fraternidad.

En Bolivia y Paraguay (1925) los estudiantes se manifiestan en contra del "chauvinismo" que trata de sembrar la discordia entre los pueblo y declaran el deseo de producir un acercamiento espiritual boliviano-paraguayo, porque, como dice la Federación de Estudiantes de la Asunción (noviembre de 1925), "después de todo, no han de ser los mandatarios ni los armamentistas quienes en las horas de la tragedia han de dejar sus cadáveres entre el lodo de las trincheras"... Al contestar a la Federación paraguaya los estudiantes bolivianos dicen: "Debemos unirnos sólidamente para rechazar los peligros internos (el chauvinismo) y externos (el imperia!ismo). Nuestros ideales y los vuestros son los mismos: paz, unión y justicia".

Los estudiantes cumplen, pues, en toda América Latina una misión idéntica. Fueron por todas partes una fuerza pujante, rebelde e idealista, en lucha contra las oligarquías criollas y contra el imperia!ismo, por un anhelo democrático y pacifista, para la realización de la confraternidad y la justicia. Ese fué el sentido libertador de la cruzada inicial llevada a cabo por la nueva generación americana. (12)



Después de esta visión panorámica cabe preguntarnos a nosotros mismos cual es el presente y el futuro de la Reforma Universitaria en nuestro país.

La lucha política, que recrudece con el advenimiento del uriburismo, muestra a la juventud polarizada en dos bandos: la "derecha" ultranacionalista y reaccionaria que está al margen de la Reforma y

(12) Los datos referentes a la propagación continental del movimiento reformista son obtenidos del tomo sexto de la 'Reforma Universitaria' (Documentos relativos a la propagación del movimiento en América. 1918-1927) compilación hecha por Gabriel Del Mazo.

va derechamente al fascismo, y el sector reformista, integrado por los estudiantes que pertenecen a las posiciones de “centro” y de “izquierda”.

Pero estas dos tendencias reformistas — “centro” e “izquierda” — no siempre formaron un block; más aún, estuvieron divididas y muchas veces rudamente. La ideología política de los estudiantes hizo que se diera a la Reforma interpretaciones disímiles y que las divergencias se ahondaran.

Había, sin duda, desconfianza. Las orientaciones — las famosas “directivas” — que desde afuera pretenden imponerse a las asociaciones de estudiantes son las causas que determinan aquella desconfianza. Con todo la masa estudiantil se muestra unida ante el enemigo común: la reacción, que ha ido tomando diferentes modalidades: hoy se llama fascismo. Y si bien es cierto que ambas posiciones — “centro” e “izquierda” — han tomado, por períodos, la dirección del movimiento — aunque es necesario reconocer que en las épocas convulsivas la izquierda guió la acción — las dos fuerzas se unieron en una sola voluntad realizadora cuando las circunstancias lo exigieron. Recuérdese, como ejemplo de lo que decimos, las voces crepas y el gesto fiero de aquella heroica muchachada de la Federación de '31, que en nuestra ciudad luchó porfiadamente contra la dictadura de Uriburu. El peligro trajo la unión y la comprensión recíproca, ganando terreno al páramo del aislamiento, del egoísmo o de la inercia. Y el signo conjuntivo fué el de la Reforma.

Sin embargo los estudiantes rojos tiraron piedras al tejado propio. En un folleto editado por “**Insurrexit**” (“Quince años de derrota bajo el signo de la Reforma”. La Plata, 15 de junio 1933) y que en su hora agitó el ambiente — trayendo como consecuencia la acentuación de las divergencias existentes — decían: “La traición está en la esencia misma de la ideología reformista”, y agregaban “Insurrexit nace como el organismo de la masa estudiantil que resuelve romper con la ideología fatal”. Más adelante hay un dejo de sorna: “La Reforma ahora ensancha su local: es antifascista. La Reforma y sus líderes han opuesto la democracia al fascismo. Hoy mismo la F. U. de Buenos Aires y la F. U. de La Plata hacen mitines de “afirmación democrática”. Y ya cerca del final rematan con estas palabras: “La Reforma cae estrepitosamente para no levantarse más. “Insurrexit” se proclama el único y verdadero continuador de la tradición de lucha sincera de los estudiantes reformistas, como también se proclama el sepulturero de la Reforma”.

Estas aspiraciones necrológicas habrían de convertirse, con el correr del tiempo, en su propia corona fúnebre. En efecto, “Insurrexit” se disuelve en agosto de 1935 y al hacerlo reconocen — en una circular donde se habla de “la necesidad de adoptar una nueva táctica a aplicarse en el terreno del estudiantado” — que “Insurrexit” carecía de solidez en sus concepciones y a ello se debe que en sus luchas sin cuartel contra todas las concepciones adversas a la del proletariado, cayera

en exageraciones y tomara posiciones falsas. Tales son sus posiciones sectarias frente a la Reforma, partidos reformistas y organismos gremiales". Luego dicen: "Debemos salir de nuestro círculo insurrecto y trabajar en los centros con los demás estudiantes. Forjaremos la unidad estudiantil a través de los centros, para la acción antifascista". Termina con este párrafo donde cantan su "mea culpa": "Insurrexit" se disue've. Antes de hacerlo debe superar sus errores fundamentales: su posición frente a la Reforma y a los organismos gremiales".

Según parece practicaban una política a contrapelo que habría de dejarles doloridos.

Hay quienes corren y extravían el camino en la carrera. La razón levantó a tiempo su lámpara para iluminar la senda que el sectarismo obscurecía.

Los mismos que lanzaran otrora sus anatemas jupiterinos contra la Reforma, hablan hoy un lenguaje distinto. ¿Hablaron antes convencidos? ¿Hablan ahora lealmente? ¿Va, lo segundo, grávido de "intención"?

No hemos de discurrir aquí sobre ello porque habría que agitar cedazos de una inútil controversia.

Sin embargo algo ha de tener este típico movimiento juvenil americano que es la Reforma, cuando tiende a sumar respetos y adhesiones que hasta ahora le eran ajenos. Cuando menos es tan generosa la doctrina — aquella "ideología de traición" que decía Insurrexit — que permite, sin agravios ni rencores, ocupar lugares en los Centros y Federaciones a los que hasta ayer la atacaban. (13)

Superar un error es, un poco, asomarse a una nueva verdad. Tal vez los estudiantes comunistas comprendan, al fin, que hay que estar en nuestra realidad social y no fuera de ella. Que sentir el drama argentino — nuestras propias angustias y dolores — es para el estudiante la instancia de una necesidad ine'udible.

Hay aquí problemas concretos que exigen contemplarlos con mirada zahorí. La juventud reformista está equipada con una ideología liberal y emancipadora que contempla nuestra propia realidad nacional. Eso le faltaba. Ahora puede abordar la empresa, sin vacilaciones ni temores. Se ha ganado la seguridad de saber lo que se quiere. La decisión hará lo demás.

(13) Ahora, con motivo del vigésimo aniversario de la Reforma, acaba de aparecer un manifiesto titulado "Veinte años de lucha por la Reforma Universitaria" (4 páginas) a cuyo pie se lee: "Comité Provincial del Partido Comunista" (Salta 81, Córdoba).

El manifiesto termina con estas palabras: "El Partido Comunista con motivo de este XXº aniversario, hace un llamado a los profesores, egresados y estudiantes a llevar adelante con toda firmeza la lucha por la universidad democrática, por la cultura, por el progreso humano, por la liberación nacional y saluda con simpatía al combativo estudiantado reformista comprometiéndose a apoyar con todas sus fuerzas y en todas las ocasiones a este gran movimiento renovador de la juventud".

Hoy las instituciones gremiales de estudiantes son organismos de “frente único”. Pero el pensamiento ha de ser franco para que no subsistan desconfianzas. Así como la Reforma Universitaria trae en su propio genio el lejano resplandor que crea en las almas la aurora de la nueva esperanza, poner a su servicio el impulso solidario que arranca de una leal cooperación, **sin dejarse tentar por demostraciones de partido y exclusivismos temerarios**, es para todos los estudiantes el inexcusable deber del instante. De la unión depende mucho de la vida de la Reforma Universitaria.

¿Y el futuro?

No lo alcanzamos a ceñir. La Reforma Universitaria es un movimiento complejo, que evoluciona y se transforma en continuo recambio con el ambiente social en que la universidad vive, y creemos que no se puede preveer su futuro porque para nosotros el futuro está en la acción, creada por las exigencias que tiene cada hora y la nuestra, evidentemente, tiene las suyas.

VI) LAS EXIGENCIAS DE LA HORA

Habla Germán Arciniegas. Es decir, habla el estudiante de América. Escuchad: “En el fondo, el estudiante no es sino un político. Le interesa la vida del Estado, quiere hacer un Estado a imagen y semejanza de su pueblo, y es muy posible que el Estado necesite de él. Se ha dicho que la política es intriga, bajeza, miseria y vulgaridades. Pero ¿por qué no puede ser otra cosa? ¿Para qué ha de servir la Universidad si no ha de ser para que desde ella las juventudes juzguen lo que constituye el fundamento material y moral de la patria? La visión futura de la Universidad es la de un gran laboratorio político, la de una empresa política con una idealidad nueva y definida y un plan nacional propio, terrígena”.

“El punto de vista del estudiante consiste en mirar el perfeccionamiento de la República como una derivación de la Universidad, renovando en ésta su contenido social. Su ideal consiste en poner al aprendiz sobre el rastro de los campesinos y artesanos para que estudie las condiciones de vida del pueblo. Antes él se consagraba a saber cuáles eran los puntos de vista de los romanos y cuáles fueron los puntos de vista de don Alfonso el Sabio para adoptarlos y darles efecto cinco siglos fuera de su momento histórico. Hoy el estudiante busca en las escuelas laboratorios sociales”.

“Quiere hacer de la Universidad el fiel de la democracia que registre los hechos, aunque vengan de muy abajo, y las ideas, aunque se vislumbren muy lejanas”.

“Desde luego, la idea de darle un destino político a la Universidad choca contra el prejuicio de la burguesía. La gente que habla desde el mostrador en las tiendas de abarrotes, y que constituye la más poderosa corriente del espíritu conservador, ha vaciado su pensamiento en esta fórmula: “El estudiante no debe mezclarse en política”. ¿Qué

significa esto? Aquí lo han dicho todos los compañeros de la tabla redonda: la negación absoluta de la historia”.

“La democracia se halla frente a una doble crisis que sólo puede resolverse por la Universidad y por la juventud. De un lado está la crisis de la política, que sólo puede resolverse por la Universidad y de otro lado está la crisis de la Universidad, que sólo puede resolverse por la juventud”.

“La crisis de la política proviene de que ella no se ha organizado, ni puede organizarse para el estudio de la realidad patria. Cuando no hay manera de improvisar teorías, cuando la audacia individual no tiene aplicación porque la complejidad de los hechos reclama un estudio, la política, que venía acostumbrada a presentar fórmulas empíricas, no puede ofrecerlas hoy de nuevo sin sentir que se le van las muchedumbres de entre las manos. Hay un descontento con los viejos partidos que mueve a los de abajo a organizarse por su cuenta y riesgo, aunque el riesgo se confunda con el sacrificio. En los momentos desesperados hay angustias inmediatas que no pueden contener la rebeldía de los pobres. Ellos tienen el problema de su rancho, de su sin-herencia — mariposa empolvada, sucia, gris, que revolotea en la aureola de una civilizacioncilla luminosa, alegre, liviana, que se divierte y que juega. Pero la política tiene que nutrirse de esas angustias en que vive el pueblo. De ellas hay que partir para hacerlo todo: desde la revolución hasta la República”.

“¿Qué puede hacer en estas circunstancias la política, sin recursos científicos para penetrar los hechos cercanos, para captar los hechos remotos? ¿Dónde, si no es en la Universidad, puede hacerse este estudio?”

“América goza de la ventaja excepcional de que sus Universidades ocupan un primer plano en la consideración pública. En los países industriales donde el capitalismo saltó en treinta años por encima de todas las tradiciones y principios, quedaron las Universidades perdidas entre la selva de las chimeneas. Se las tiene ahora como un lujo, se las pinta de nuevo para halagar la vanidad y engañar a los espectadores. En el fondo no se las considera, se las desatiende y desprecia. Así, en los Estados Unidos, el hombre de negocios, que domina el Senado, que hace el Gobierno y que organiza la vida, cuando la Universidad adelanta una opinión sobre régimen social o sobre política aduanera, sobre no importa qué problema decisivo para la felicidad de esa República, no sólo desatiende la voz de las escuelas, sino que se complace en humillarlas y en hacerles sentir que ese no es su radio de acción”.

“En nuestra América, no. En nuestra América la Universidad es más grande que la fábrica, se tiene la conciencia de que es anterior a la República, y no sólo la Universidad: hasta los muchachos mismos de las escuelas le marcan el rumbo a la democracia”.

“Los viejos que no reconocen esta capacidad juvenil, ellos que viendo reír a los muchachos les consideran indolentes y frívolos, olvidan que los muchachos, en medio de esa indolencia y frivolidad, han

determinado los movimientos más hondos de la historia. El estudiante de nuestra América tiene una biografía de cinco siglos. No asalta posiciones, sino que valora las que le pertenecen por conquista milenaria”.

Ya habló el estudiante. Ahora lo hace el maestro. Don Alejandro dijo:

“Este es el programa que todavía tiene que regirnos: buscar en nuestro propio ambiente la solución de nuestros problemas. Pero al reconocer esta verdad, debemos afirmarnos sobre los antecedentes de nuestra evolución ideológica y manteniendo continuidad con ella, encontrar y formular las soluciones que la época actual reclama. No vamos a resolver con eso los problemas universales, no vamos a resolver los problemas de otros pueblos; vamos a resolver, modestamente, nuestros propios problemas, que es lo que nos interesa”. (14)

El actual momento argentino se caracteriza por las graves fallas de orden político, social y económico que conmueven a nuestra sociedad. La generación nacida a comienzos de este siglo ha podido apreciar un cambio brusco en el panorama argentino, que es tocado sañudamente por dos rasgos tan profundos como penosos: la crisis económica que incide principalmente en los hombres dedicados a las faenas del campo — brazos que han forjado la grandeza material de nuestro país —, y, junto a ella, la grave crisis político-social que adviene a consecuencia de la revolución setembrina.

Estas dificultades graves: la entronización de la violencia; la venalidad del sufragio; el desdén por la opinión pública; el escepticismo del pueblo ante la palabra de los gobernantes, destruida siempre por los hechos; la indiferencia en la administración de los negocios públicos; la avilantez de los vende-patrias en su inescrupuloso afán de enriquecerse; el predominio de los consorcios extranjeros; la adopción — por “snobismo” — de doctrinas exóticas; la falta de solidaridad nacional y

(14) Alejandro Korn en “Una posición argentina” (“Ensayos críticos”. Editorial Claridad).

Digamos de paso, que en muchos escritores argentinos de la nueva generación se puede apreciar una clara volición de penetrar angustiosamente en nuestra realidad, de hincar en lo nacional, de buscar lo auténtico criollo, de tomarle el pulso al país. Ahí están, “Radiografía de la pampa”, de Ezequiel Martínez Estrada; “Historia de una pasión argentina”, de Eduardo Mallea; “El hombre que está sólo y espera”, de Raúl Scalabrini Ortíz; “Tiempo lacerado”, de Carlos A. Erro (en su tercera parte, titulada: “El sentido del momento actual en la Argentina”).

Y podemos señalar, también, como se va creando una conciencia de que el país debe alcanzar su autonomía económica y de allí una actitud frente al capitalismo: se ve en “La Argentina y el imperialismo”, de Julio y Rodolfo Irázusta y en varios ensayos de Raúl Scalabrini Ortíz (de quien escuchamos el año pasado, en nuestra ciudad, una interesante y documentada conferencia — sobre el tema “Los ferro-carriles, factor primordial de la independencia nacional” — en un ciclo organizado por el Centro de Estudiantes de Ingeniería).

No podemos referirnos, para no ejemplificar largo, a la obra de muchos otros escritores que están en igual trance al de los aludidos en esta nota.

el desprecio por las cosas del espíritu, irán disgregando lentamente a la familia argentina, en medio de esa atmósfera de mentira aceptada, si no se reacciona buscando con angustia la restauración del alma nacional. Urge recobrase.

El conflicto se plantea ante la negación de la historia y el desconocimiento de nuestra realidad social. Tal incompreensión nos ha traído, como reveses, la pérdida cada vez mayor de la autonomía económica, de la autenticidad espiritual, del sentido de la libertad, el alejamiento del sano ejercicio de la democracia.

En suma, una especie de cansancio moral, un relajamiento de la conciencia argentina: tal es la obra del cosmopolitismo mercantilista y del cosmopolitismo de las ideas. Debemos, pues, cumplir la tercera etapa de nuestra historia: alcanzar la autonomía espiritual y económica. Forjar una Argentina libre: con una cultura **nacional** (en sus expresiones artísticas, en sus manifestaciones científicas y filosóficas) y **única dueña** de sus riquezas, sacudiendo el yugo económico del imperialismo absorbente.

Este es el campo donde debe actuar, en esta hora, la juventud universitaria. Convertir el oriflamo de la Reforma Universitaria en un credo político-social. Y actuar con él para liquidar esa quiebra de valores que existe dentro y fuera de la universidad.

Fuera, porque ya hemos visto la obra devastadora de la “poliquería criolla” — es nombre que bien define —, y el desenfreno de las oligarquías claudicantes, puestas al servicio de los grandes capitales extranjeros.

Dentro de la universidad porque en ella — a parte de las conquistas que es necesario cuidar — quedan todavía planes que rehacer y camarillas reaccionarias que aventar, pero lo más grave no es eso, sino el **crudo profesionalismo** — materialismo sin grandeza — que ahoga en el alma de los jóvenes la fe en las fuerzas espirituales supremas; que mata en su interior toda vibración humanista, toda inquietud de ideal. Que el estudiante se recoja un poco introspectivamente; que medite para qué estudia, cuál es su destino y cuál el destino de la Universidad.

Dentro y fuera, porque universidad y sociedad no pueden desvincular sus vidas; forman un todo. Aquella es reflejo de ésta; las alternativas de la segunda repercuten sobre la primera. Y la universidad, a su vez, debe ser paradigma de la realidad nacional y como tal, orientadora y constructiva.

Las ideas que sirvieron de instrumento, digamos así, para resolver los problemas inmediatos de nuestra vida social, en el amanecer de la independencia, si bien fueron recogidas luego por la universidad, no han salido de ella sino que nacieron, desnudas, en las calles o al campo raso. Fueron hijas de la acción y su parto costó muchos dolores. Por eso son carne y sangre de argentinidad.

Falaces doctrinas no pueden prender en el alma argentina, ni deben, tampoco, dislocar o romper la continuidad de nuestra tradición—

pasado que sobrevive —, que va fuyendo del arca de la historia.

Ir a lo nuestro profundo, a lo arraigadamente criollo: beber en la fuente originaria el agua más clara de sus vertederos. (15)

Los pueb'os, como los hombres, deben ser iguales a sí mismos. Los argentinos constituimos una colectividad con sentimiento, ideales e intereses propios. Y es necesario mantenerse fieles a las raíces de la argentinidad; esto es, a ese sentimiento casi religioso de la libertad, que es su característica más profunda. Tenemos exigencias de autenticidad en la manera de pensar, de sentir y de resolver nuestros propios problemas, ya que no pueden ser trasladables a un ambiente particular como el nuestro — evadiéndose de la realidad argentina — fenómenos de tipo específicamente local como son los que estremecen a ciertos países europeos.

Es deber del espíritu universitario no aislarse en actitud contemplativa, no permanecer como almas dormidas, sino intervenir en los destinos del país, siguiendo atento el desarrollo de las ideas y de las fuerzas sociales, pronto a defender un sistema concordante con nuestra historia, cuyo nervio esencial es la libertad. Es que la libertad, la tolerancia y la paz misma, son incompatibles con los regímenes totalitarios.

El respeto a las individualidades humanas y a las colectividades sociales; el respeto a las ideas políticas — las más diversas — que deben jugar su éxito o su derrota en el libre juego de la libertad de pensamiento, son los ideales de una democracia constructiva basada en la justicia y en el alto sentimiento de solidaridad entre los hombres.

En suma, sólo el ideal democrático — “la libertad de todos, iluminada por el espíritu de los mejores” — se identifica con el más elevado estado de conciencia y libertad, compatible con la dignidad del hombre permitiéndole a éste alcanzar su más alto nivel moral e intelectual.

Lo esencial es, entonces, conservar la democracia, enaltecendo su prestigio. “Para ello — ha dicho recientemente Thomas Mann — hay que oponer a la fascinante moda impuesta por los dictadores, el largo e histórico aporte de los pueblos libres”.

Lo que se necesita es, pues, levantar el espíritu popular haciendo

(15) Véase, como ejemplo, el carácter nacionalista y liberador que tiene la Revolución Mexicana (“México en marcha” por el escritor chileno Manuel Eduardo Hübner. Editorial Zig-zag).

En ese libro se lee: “Pero, sobre toda consideración, los mexicanos han sido mexicanos. Se han inspirado en la historia, la raza, la tradición la geografía, la economía, las peculiaridades demográficas, de su propio suelo. Han ido siempre tanteando el terreno, sin apresurarse nunca en aras de la teoría. La propia experiencia los fué modelando; errores y vacilaciones: he ahí maestros... . . . “Estas consideraciones bastan, desde luego, y aun sobran, para contemplar el desarrollo de la Revolución mexicana con atención interés y hasta respeto. Una revolución como ésta, agrarista, antioligárquica, anticlerical, antiimperialista, eminentemente nacionalista y latinoamericanista no contenta no podrá satisfacer nunca a los amigos de interpretar nuestras realidades con criterios y métodos europeos”.

de la democracia una especie de religión laica. Crear, en una palabra, la mística de la democracia. Y crear esa mística infundidora de fe tiene que ser el acto afirmativo, intenso y fecundo de las corporaciones estudiantiles.

No se trata de imponer nuevas imposturas a las imposturas del pardo-fascismo, enemigo de la democracia, de la libertad y de la paz. No. Se trata de utilizar las verdades democráticas: la libertad, la supremacía del derecho sobre la fuerza, la bondad del sufragio secreto, el pensamiento libre y la libre discusión. Exaltar esas verdades — fundamentales e inatacables —; imponerlas a la inteligencia y a la emoción, actuando directamente mediante la palabra, la prensa, las concentraciones, los desfiles. Volver a utilizar el olvidado recurso del canto (¡Aquel hermoso “Himno de los estudiantes sudamericanos”, signo del año 18!) que estimula el espíritu de “cuerpo” y la solidaridad en el anhelo. Una juventud que avanza cantando; que dice sus afirmaciones y esperanzas al ritmo marcial de un himno o al jubiloso de una canción, trae al marco de la calle un acento beligerante, una emoción épica.

De otro modo, suscitar permanentemente un clima de acción democrática agitando el ambiente con aquellas cuestiones de mayor palpación y vigencia. Dotar de fervor heroico a las verdades democráticas, convertirlas en “mito” — con el sentido a que nos hemos de referir más adelante —, dándoles, a más de su contenido ideológico que marque rumbos, un contenido sentimental que les dé emoción.

Crear — con pasión y con razón — en la paz, la democracia y la libertad; afianzar el imperio del derecho y del espíritu; luchar por la independencia económica de nuestro país y el advenimiento de una mayor justicia social. Esas son las exigencias que la hora actual plantea a la juventud reformista y ese debe ser el sentido de nuestra marcha hacia una reforma integral, dentro y fuera de la universidad.

Así se creará una voluntad triunfante. Y florecerá una Argentina mejor.

VII). EL MITO

Fué leyendo “Reflexiones sobre la violencia”, del sociólogo francés Jorge Sorel (1847-1922) donde encontramos, por vez primera, la voz “mito” con un sentido diferente al de mentira, leyenda, cuento o fábula, que se le asigna corrientemente.

Dice Sorel que “los hombres que figuran en los grandes movimientos sociales, imaginan su acción próxima en forma de combates, aseguradores del triunfo de su causa”. Y propuso denominar “**mitos**” a dichas construcciones, que serían, en el fondo, expresión de voluntades.

Así presenta como ejemplos notables de “mitos” los que erigieron el Cristianismo y la Reforma de Calvino y Lutero.

La doctrina del “**unanimismo**”, que modernamente postula el ya citado Jules Romains y que trata de construir una nueva explicación del

génesis de los movimientos colectivos en el mundo contemporáneo, es, en cierto modo, análoga a la teoría de los “mitos” creada por aquel teorizador del sindicalismo.

El autor de “Hombres de buena voluntad” ha demostrado la continuidad psíquica de los individuos, cuyo espíritu particular no sería más que una condensación de la espiritualidad del grupo social al que adhiere, y lo mismo ha demostrado la **importancia dinámica del mito**, del elemento emocional e imaginativo, en la formación y la acción de las masas. El individuo actuaría como **condensador** de las pasiones que agitan a un determinado sector y, más tarde, como un **difusor** del mito, que es la sola fuerza capaz de exaltar la voluntad individual y ponerla al servicio de finalidades colectivas, “históricas”.

El ideal colectivo, adoptado con entera libertad, gravita continuamente — con su gran poder sugestivo — en las actividades interiores del individuo y lo impulsa a la acción. *Crear y actuar porque se cree*, sería la fórmula. El “mito” transforma al partidario en un militante y en un creyente: habla más a la imaginación que a la razón.

Sin avanzar sobre zonas de resuelta originalidad, cada día nos hacemos más a la idea de que la Reforma Universitaria vale, en gran parte, por lo que tiene de “mito”.

Trataremos de explicar este pensamiento.

Han ido doblando los años y al llegar justo a los veinte, el movimiento reformista es algo que palpita con entraña viva. Pero también es cierto que la teoría de dicho movimiento es casi desconocida y mucho más por las generaciones novísimas. Las exigencias prácticas de la lucha ha hecho que el estudio de la Reforma Universitaria se dejara de lado, aunque siempre ella fué pendón de las luchas estudiantiles.

El movimiento reformista, vago al principio, impreciso, con un programa vasto y una ideología confusa, fué afirmándose y de entonces acá ha venido nutriéndose de hechos en una serie de reacciones frente a cada acontecimiento que se producía en el escenario nacional y latino-americano, preferentemente, sin cerrar los ojos, empero, a lo que ocurría en el panorama internacional. De ahí que sobre el perfil primitivo se han ido agregando otros sucesivos, pero sin coincidir plenamente, lo que ha traído cierta vaguedad de la doctrina, que en muchos espíritus produce la impresión de una borrosa imagen visual.

Difícil es, de todos modos, encerrar la Reforma en una definición. De un estado primario de sensibilidad se pasa al estado de conciencia. Con todo, parecemos que tal conciencia es un tanto difusa, subjetiva podríamos decir. **A la Reforma Universitaria se la siente, mucho más que se la conoce.** Pero hay diferencia entre sentir (sensación) y conocer (percepción).

De todos modos la Reforma ha pasado a formar parte de la vida afectiva del universitario argentino. Es algo instintivo, con el contenido emocional de los “mitos”. Es decir especie de **ideas-motoras**, diríamos, plenas de potencia dinámica, alrededor de las cuales se congregan las volun-

tades en un esfuerzo realizador. Luego, con el transcurso del tiempo, la fe se deposita en ellas con prescindencia de toda consideración racional.

De ahí el valor de la Reforma Universitaria considerada como "mito", es decir como síntesis lírica de sus finalidades, como exaltación idealística que mantiene en continua vibración a la masa estudiantil.

La juventud universitaria tiene fe en ella; y esto es lo principal, que tenga fe. Porque filtradas a través del "mito" las voluntades salen unificadas, convergentes, unánimes, hacia la realización de finalidades concretas. Es decir, aplicadas a la solución de los problemas que más vitalmente interesan a cada época. Y cada momento tiene un problema nuevo: esto importa nueva lucha, nueva acción, que es la función vital y creadora de la Reforma Universitaria. Por eso no mira como última y definitiva ninguna conquista, ninguna meta alcanzada. Así la doctrina—credo de acción y de vida— necesita ser recreada siempre: "dinamismo espiritual, actividad entusiasta y constante, consagración a una causa que sobrepasa al hombre y que tiene sobre su vida exigencias absolutas, necesidad de infinito". (16)

Vemos, entonces, que la Reforma **se siente**, sin averiguación rigurosa del pasado. Para la masa estudiantil lo esencial de la Reforma es la acción y no un afanoso buceo en procura de los procesos interiores; de los caminos de la doctrina. Cuando más, tiene un concepto superficial de algunas de las instituciones que trajo y a las que asigna todo el fundamento de ese movimiento renovador, sin calar hondo en su determinismo, en sus consecuencias y en sus relaciones con la reforma social (17).

Que el estudiante tenga fe en la Reforma. Que se abraza a su ideal generoso, pero que trate, también, por medio del estudio y del conocimiento, salir de ese estado de mera sensibilidad, rasgando el velo para con-

(16) Con estas palabras define la concepción mística de la vida el ingeniero Augusto Durelli en su libro "Essai sur les mentalités contemporaines" (Ensayo sobre las mentalidades contemporáneas) publicado en París (editorial Louvain), donde se hallaba perfeccionando sus estudios en uso de la beca que obtuvo en la Facultad de Ciencias Exactas de Buenos Aires. En dicho libro— que fué laureado por la Universidad Católica de París— dice: "Tenemos necesidad de un misticismo. No podemos ser hombres completos, no podemos ser personas en el sentido íntegro de la palabra si no nos consagramos, si no nos sacrificamos, si no nos entregamos. Tenemos necesidad de darnos para que nuestra vida tenga un sentido". Señala, por ejemplo, el misticismo del dinero que origina— según él— el capitalismo; el de patria crea el nacionalismo con sus dos formas típicas: el fascismo italiano y el nacional-socialismo alemán; el de clase da por resultado el comunismo; en fin, el misticismo de la juventud crea el culto por las nuevas generaciones, que en América ha adquirido vibrantes expresiones. En el mismo sentido hemos hablado de la mística de la democracia. (Cap. VI).

(17) La Reforma Social puede definirse como "un cambio, acelerado por la acción individual, de los caracteres profundos de una sociedad hecho en un tiempo mucho menor que el que hubiera sido efectuado obrando únicamente el determinismo social". En la página 23 del folleto que trae la documentación relativa al "Segundo Congreso Nacional de Estudiantes Universitarios" (Bue-

templar algunas claves del proceso histórico que él mismo va elaborando.

Si bien es cierto que la Reforma Universitaria no puede ser una especulación abstracta, tampoco puede ser sólo estremecimiento y emoción. Es y debe ser representación animada de la realidad y para ello ha de buscarse el modo de conciliar la pasión y la razón. Agregar al poder dinámico de la idea reformista el aporte orientador de la inteligencia.

El estudiante siente a la Reforma en forma instintiva pero no discrimina certeramente acerca de ella. Urge, entonces, una tarea medular: **la formación de una conciencia reformista** en toda la masa estudiantil. Con ello se contribuirá, en forma efectiva, a la consolidación y perfeccionamiento de la Reforma Universitaria, edificando — de acuerdo a las circunstancias — un programa claro y concreto.

Año tras año llega a la Universidad el caudal adventicio de nuevos estudiantes, huestes volanderas y presurosas, espíritus en agraz, que traen, apenas, vislumbres fragmentarias o fugitivas de aquellas palabras que se proyectan como un símbolo: Reforma Universitaria.

Pero el fondo del problema se les escapa. Luego es tarea de los Centros de Estudiantes y de las Federaciones, iniciar una reaproximación de las nuevas promociones estudiantiles a la idea reformista. Es indispensable para su plástica (18).

Al mismo tiempo la honradez intelectual de los estudiantes exige no sumirse en la indiferencia, que es la postura más fácil, sino dar su curiosidad y su voluntad. Ponerse en contacto con la ingente obra de los adelantos de la Reforma, frecuentando los libros más significativos. Hay allí, al lado de obras prietas en contenido, páginas que transmiten a la historia los documentos de la perecedera crónica mutable: Julio V. González, José Ingenieros, Alejandro Korn, Alfredo Palacios, Aníbal Ponce, Carlos Sánchez Viamonte, Carlos Cossio, Raúl Víctor Haya de la Torre, Gabriel del Mazo, Gregorio Bermann, Deodoro Roca, Héctor P. Agosti, Sergio Bagú, Héctor Ripa Alberdi, Ernesto Giúdice, José Luis Lanuza, Saúl Taborde, Juan Lazarte y muchos otros, han contribuido a formar la bibliografía propia de la Reforma Universitaria.

Con todo, y a pesar de todo, pensamos que el movimiento ha de te-

nos Aires, agosto 13-18 de 1932) se dice, refiriéndose al tema "La Universidad y los problemas sociales": "El Segundo Congreso mantiene la afirmación de que la Reforma Universitaria es una parte indivisible de la Reforma Social. Y que los estudiantes universitarios, deben adoptar una posición definida en la lucha por construir la sociedad sobre nuevas bases, convencidos de que la Universidad que ellos postulan sólo será realizada íntegramente en una sociedad que obedezca a una estructura económica, jurídica y cultural, totalmente nueva". En el capítulo 3º ("La misión") hemos dado — aunque sin mucho ahondar — nuestra opinión al respecto.

(18) El Segundo Congreso Nacional de Estudiantes Universitarios (Buenos Aires, 1932) aconsejaba: "Llevar a los estudiantes secundarios y universitarios la noción exacta de sus problemas estudiantiles, propendiendo a la: 1º Difusión de los principios de la Reforma Universitaria; 2º) Ventajas de la agremiación.

ner una gran fuerza inmanente cuando pervive con frescas energías después de dos décadas. Y tal vez eso se deba a la acción dinámica del mito. Más aún, creemos en la **necesidad del mito**. Sobre todo cuanto que éste es una consecuencia de la Reforma y no ésta una creación de aquél.

La Reforma Universitaria es hoy una vibrante afirmación de optimismo colectivo, de fe, de seguridad, de confianza. Es el mito lo que impulsa a bregar a la juventud universitaria. Lo que le da sentido humano a la lucha.

Omnipresente sugestión del “mito” que hace veinte años nació en la Córdoba ultramontana. Y por obra del mito la Reforma Universitaria se va proyectando en el tiempo.

VIII) INVOCACION

Dijo el maestro Korn: “La Reforma es el movimiento más espontáneo de la juventud argentina, desde los tiempos ya remotos, en que otra generación de muchachos, sensible al llamado de la hora histórica que le tocó vivir, se agrupó en la Asociación de Mayo”.

El paralelo da, sin duda, alta jerarquía al movimiento estudiantil del año 18.

Permitidme, pues, vosotros, un breve paréntesis para volver hacia el pasado en alas del recuerdo histórico.

Bueno es reandar los caminos de la historia — contrastes de sombra y oro — porque el alma se retempla en la llama del supremo holocausto rendido a la libertad, en contra del despotismo.

En estos días — el 23 de junio (*) — se cumplen 101 años de la fundación de la Asociación de Mayo, a la que debe considerarse como uno de los antecedentes de la organización nacional, si se tiene en cuenta la influencia que en esta última ejercieron muchos de sus miembros — expatriados casi todos en Montevideo, al ser perseguidos por la tiranía —; generosa pléyade de hombres jóvenes entre los que estaban Cané, Carlos Tejedor, Marcos Sastre, Juan María Gutiérrez, Juan Bautista Alberdi y Esteban Echeverría, esforzados campeones en las justas por los ideales de libertad y democracia, que después de Caseros dotaron a la República de sus instituciones fundamentales e impulsaron su progreso, su civilización y su cultura.

(*) Algunos publicistas, como Ernesto Morales, dan como fecha de la fundación de la Asociación de Mayo el 8 de julio de 1838 en lugar de la del 23 de junio de 1837, que es la generalmente aceptada. Dice Morales que esta última pertenece a la inauguración, por parte de Marcos Sastre, del Salón Literario en el interior de su librería de la calle Victoria. Y es sabido que el Salón Literario — que debió clausurarse por imposición de la mazorca — es el precedente inmediato de la Asociación de Mayo. Alberdi mismo lo explica: “El Salón Literario estaba condenado a desaparecer, porque era público. Entonces pensamos en la Asociación de Mayo, o logia secreta de lo que llamamos la Joven Generación Argentina”. (“Mi vida privada”).

Si aquella "joven generación argentina", ejemplo de abnegación y sacrificio, refirmó la eficacia de las grandes fuerzas morales, opuestas a las tendencias regresivas y mostró la efectiva y poderosa solidaridad de todos sus miembros en pro de los elevados ideales que propenden al bienestar y progreso comunes; hoy, a más de una centuria, por la Reforma habla la voz misma de la juventud universitaria para expresar su designio inquebrantable de luchar por la democracia, por la libertad, por la paz y por la humana fraternidad de los pueblos.

La Reforma Universitaria tal vez no haya tenido **en los hechos** aquella trascendencia que sus teorizadores del primer momento pretendieron asignarle, ni tampoco ha podido estructurar la Universidad soñada por la generación actora de la jornada gallarda. Mucho se ha conquistado pero mucho más queda por conquistar. "La Universidad, después de 1918, no fué lo que ha de ser, pero dejó de ser lo que había venido siendo". La Universidad ya no es oligárquica pero tampoco es popular. No es todavía la afirmación de un ideal resuelto. Por eso la Reforma es un pensamiento en acción, que tiene — aplicando una frase de Goethe — "las nobles cualidades de la juventud y las energías que forjan el destino".

Que la reacción no niegue lo realizado por el estudiante americano: esto es, que cuando menos, "abrió una ventana hacia afuera", para mirar a la vida.

Pese a las diatribas y a los ataques de los adversarios, la Reforma Universitaria ha brotado como la simiente buena y se yergue el árbol magnífico que venciera otrora la hostilidad del medio y que vencerá hoy mismo, la furia de los vendavales, que, en este caso, no son otros que el peligro de la reacción siempre en acecho.

La reacción insiste con porfía en señalar vicios que achaca por entero a la Reforma: el electoralismo como vicio principal, el caudillismo, la venalidad de los intereses personales, las camarillas que incuba, los apetitos deleznales que mantiene...

Pero todo ello no es la Reforma, sino, precisamente, lo que la desfigura en forma grosera y lo que rechaza con sano espíritu constructivo toda conciencia reformista, equilibrada y serena. Repetirlos sería dar pábulo a una beliaquería, si no fuera, de suyo, una ofensa, no sólo a la verdad, sino también a la pureza de una idea prístina en su concepción abstracta de hecho social trascendente.

La Reforma es buena; malos fueron los hombres que la desvirtuaron. Almas amonedadas, muchos de sus líderes defecionaron: unos se llamaron a sosiego conquistados por las prebendas, otros se pasaron a las filas enemigas, aquél de más allá se sirvió de ella como trampolín para tomar ventaja en su carrera política.

A todos hemos conocido y a muchos los estudiantes hemos llevado a altas posiciones.

Esta hora de homenaje para ese gran movimiento y de recordación para los hombres jóvenes que, con noción exacta del deber, le consagraron sus mejores entusiasmos, ha de ser, también, hora de repudio para los trai-

dores y los infidentes. Cada uno haga su obra. Después la conciencia paga.

Cualesquiera hayan sido los altibajos, las vacilaciones, los éxitos y los fracasos, los escepticismos y los anhelos, la idea reformista ha debido ser muy fuerte para dejar impresa su huella en el escenario social americano. Fué el despertamiento de una conciencia histórica que a través de veinte años polariza los ideales de los estudiantes de América Latina. Ahora continuar, esto es todo. La Reforma no necesita más; tan sólo continuar, caminar hacia adelante. Pongamos a contribución, para afirmarla, cuanto nos es dable: desde nuestra voluntad a nuestra juventud, entendida esta última no como juventud asentada tan sólo en un hecho cronológico, sino como posibilidad de esfuerzo y acción.

Camarada de ahora,

Estudiante de 1938: como heredero del ideal que os legó el estudiante del año 18, asume tu responsabilidad alta y directa, profunda y vital, masculina y serena, en cuanto tienes en tus manos la antorcha del destino de la Reforma Universitaria. Y esa será la epifanía luminosa de la nueva universidad en América.

La Pre - Reforma

COMO SE GESTO LA REVOLUCION UNIVERSITARIA DEL AÑO 1918

EL MOVIMIENTO DE 1905 - 1907

POR SERGIO BAGÚ (*)

Hemos dicho en otra oportunidad que, para nosotros, la Reforma Universitaria tiene su origen en la inmigración, que a partir del sexto decenio del siglo XIX trastorna toda la subestructura económica del país y engendra una categoría social media que pronto va a jugar una preponderante misión.

La nueva época tiene sus nuevos personajes y un batallar político que cobra un cariz inequívoco. El estallido del 90 es un anuncio. La clase dirigente — gran burguesía con fuertes resabios feudales — se entera que la lucha por el poder se ha iniciado. Sus fueros oligárquicos dejarán pronto de ser incólumes.

Desde el 90 en adelante, la nueva categoría social va ganando en extensión y en pujanza económica. El proletariado, formado también por el aluvión inmigratorio, se organiza e inicia su actividad gremial y política. El país casi desierto e inmensamente rico compensa muchos de sus esfuerzos. La pequeña explotación rural, el pequeño comercio y la pequeña industria fueron el lugar de tránsito entre la clase obrera y la burguesía menor. El hijo del inmigrante, operada su emancipación económica, quiere trepar los peldaños del predominio político y cultural. Se hace fuerza pujante en la oposición e ingresa en la Universidad.

LAS DOS GENERACIONES

Nosotros usamos el término generaciones y hablamos de sus luchas con expresa reserva. El proceso histórico, a nuestro entender se resuelve en

(*) Sergio Bagú, fué presidente de la Federación Universitaria Argentina durante dos períodos 1934-36. El artículo que transcribimos apareció en F. U. A. (Órgano de la Federación Universitaria Argentina) en febrero de 1936. También ha dado un excelente artículo sobre este tema en la revista "Unidad" (febrero de 1936) titulado "Las dos Reformas". Pero su condición de escritor se destaca con sello propio en su obra "Vida Ejemplar de José Ingenieros" (Editorial Claridad), hermosa biografía cuya lectura es de suma utilidad para el conocimiento integral de la robusta personalidad del insigne maestro argentino.

el antagonismo de grupos sociales que desempeñan iguales funciones en la producción. Pero reconocemos, también, que la presencia de las generaciones complementa la explicación de ese proceso. Y en el caso de la Argentina, debemos agregar que su novísima estructuración social y su economía dependiente del imperialismo, ha permitido la existencia de un movimiento juvenil, que, a pesar de sus muchos tumbos y confusiones, fué, en lo esencial, democrático, renovador, anti-imperialista y pacifista, siempre; anticlerical y de cierta tendencia revolucionaria, en ocasiones; anti-imperialista y anti-fascista, hoy.

En el período en que la segunda generación engendrada por aquél fenómeno que señalábamos hace su ingreso en la vida pública nacional — 1900-1915 — se experimentan los primeros síntomas de su acción renovadora. Después, a partir de 1915, aproximadamente, la tercera generación se siente omnipotente. Las circunstancias han de favorecer su rebeldía y su victoria.

La Universidad fué el sitio de gestación. En un país nuevo, con paupérrima tradición cultural alejado de Europa y Estados Unidos por semanas de navegación, el pueblo no dispone de los elementos que eleven considerablemente su nivel cultural. El audidacta lo es por la fuerza de su vocación, pero no por el estímulo del medio. Sólo con el apoyo del Estado mejora su estatura intelectual la masa popular. La Universidad viene a resultar, así, el lugar obligado de la información y el pozo de la ciencia.

Desde antiguo, el título profesional liberaba económicamente a su poseedor y le daba jerarquía política y social. No llegó, acaso, Sarmiento a pedir a gritos algún doctorado "honoris causa", azuzado por la hiriente oposición de sus contemporáneos a su genialidad sin borla claustral?

LA UNIVERSIDAD OLIGARQUICA

La Universidad argentina que recibió a esas nuevas generaciones era una institución semi-feudal, regida por camarillas oligárquicas.

La clase gobernante preparaba en ella plácidamente sus dirigentes y sus técnicos. Las corrientes renovadoras que llegaban de Europa encontraban serios obstáculos para prosperar.

Sin embargo, el panorama no era homogéneo y es menester hacer las necesarias excepciones. En algunas cátedras de Buenos Aires, los profesores explicaban teorías que en Europa iban enlazadas a una posición ideológica y política renovadora. La escuela positivista en derecho penal halló acogida en la cátedra de Norberto Piñero, desde 1887, en la Facultad de Derecho. En la de Ciencias Médicas, Francisco de Veyga introdujo, desde 1899, en los programas de Medicina Legal, los capítulos fundamentales de la Antropología Criminal, enseñando a solucionar el problema de la responsabilidad con criterio determinista. José Ingenieros, que fué su alumno, llevó a su cátedra de Psicología, que ocupara desde 1904 en la Facultad de Filosofía y Letras, su concepción biológica, y el talento crítico con que juzgaba la historia del pensamiento científico y filosófico. Pero ya antes que él, Horacio Piñero había dictado desde el mismo sitio el primer curso

de psicología experimental y clínica que se escuchara en Sud América y luego, Rivarola, Dellepiane y Matienzo le habían sucedido con una orientación semejante. La Universidad de La Plata, por otra parte, escuchó siempre en su seno a un crecido número de profesores liberales.

Sin embargo, el anquilosamiento didáctico y el régimen oligárquico en lo político eran las sobresalientes características de la Universidad argentina. La mano maestra que redactó el manifiesto inicial de la Reforma, escribió un párrafo que sintetiza esta situación, referida a la Universidad de Córdoba, que era donde se manifestaba más íntegra y crudamente: “Las funciones públicas se ejercitaban en beneficio de determinadas camarillas. No se reformaban ni planes ni reglamentos por temor de que alguien en los cambios pudiera perder su empleo. La consigna de “hoy por tí, mañana por mí” corría de boca en boca y asumía la preeminencia de estatuto universitario. Los métodos docentes, estaban viciados de un estrecho dogmatismo, contribuyendo a mantener a la Universidad apartada de la ciencia y de las disciplinas modernas. Las lecciones, encerradas en la repetición interminable de viejos textos, amparaban el espíritu de rutina y de sumisión. Los cuerpos universitarios, celosos guardianes de los dogmas, trataban de mantener en clausura a la juventud, creyendo que la conspiración del silencio puede ser ejercitada en contra de la ciencia”.

EL MOVIMIENTO DEL CINCO

Durante la agitación que tuvo por escenario la Facultad de Medicina de Buenos Aires, en los años 1905 a 1907, los estudiantes plantearon por vez primera su posición renovadora. Sábese qué intensidad cobró entonces el movimiento. Los rebeldes hicieron graves acusaciones de orden administrativo, político y docente, que corroboraron con testimonios abundantes.

En un petitorio de reformas a la ley Avellaneda, presentado al Congreso (18 de junio de 1906 — firmado por Julio Iribarne y J. Agustín Gatti (“La Reforma Universitaria”, recop. Del Mazo, II, 191) — resumían sus aspiraciones en cinco puntos: docencia libre, examen de estado, separación de la gestión administrativa y científica, renovación periódica de los cuerpos dirigentes, elección de la mayoría de las autoridades más importantes de la Universidad y concesión de derechos electorales a “aque- llos intereses de real entidad que por su situación en ella puedan responder eficazmente a su mejor representación”.

Las razones con que se sostenía el primero revelan que se apreciaba ya su valor político, aun cuando con un optimismo sobre sus resultados que no compartiríamos los reformistas de hoy. La libre docencia, explicaban, es “el único elemento capaz de combatir el predominio de los círculos y camarillas”.

¿Cómo interpretar el movimiento del cinco, en relación con el estallido del 18 y con el nuevo período que se inaugura en el 30?

En un país en plena formación, como la Argentina de entonces, la realidad social muda de contenido en poco tiempo. Las masas juveniles que siguieron a la distancia la guerra europea no existían a principios de

siglo. Pero, en cambio, la estructura que la vieja oligarquía feudal había dado a sus altos institutos comenzaba a quebrantarse, porque su contenido exigía nuevas formas. Era un momento de transición, en todos los órdenes porque las nuevas fuerzas estaban todavía gestándose. Pero la antinomia quedaba ya exteriorizada con estos precursores.

LA GUERRA ELEMENTO CATALIZADOR

El investigador puede señalar, hasta 1915, no pocos síntomas del levantamiento de la juventud.

Los estudiantes se fueron agremiando. Surgieron los centros y las federaciones universitarias. Si bien la misión que se impusieron fué reducida en un principio, después agregaron a sus programas puntos importantes ya en 1911 se leen en ellos algunos que nosotros todavía hoy tenemos que levantar.

Desde 1912, cobró valor en el Litoral, el movimiento estudiantil en favor de la nacionalización de la Universidad, que, yendo más allá de su propósito inicial, llegó a propiciar una reforma universitaria, en la que debían incluirse el turno de exámenes de julio, exámenes por ciclos de materias, las calificaciones únicas de aprobado y aplazado, modificación del régimen de recepción de exámenes, provisión de las cátedras por concurso, relaciones interuniversitarias por intercambio de profesores y, en lo extrauniversitario, el “frente unido de estudiantes y trabajadores” (Del Mazo, 230). En 1915, se inauguró en Paraná el primer Congreso estudiantil del Litoral.

Cuando estalló la guerra, estaban madurando las condiciones que permitirían hacer a la Reforma. La lucha repercutió intensamente. Para los hombres jóvenes que entrábamos a la vida entre el horror de la tragedia europea — ha explicado Aníbal Ponce (Pról. a “La Reforma Universitaria”, de J. V. González, B. A. 1927) —, la guerra fué, como quería Guesde, la gran “liberatrix”, en su sentido más amplio. Todo lo que de nosotros quedaba atrás de ella, eran adquisiciones pasivas de la infancia, hábitos dóciles de la educación; todo lo que habría de seguirle, serían conquistas dolorosas de la adolescencia, asombro y entusiasmo de los tiempos nuevos”. (1).

(1) Ponce señala en este breve trabajo la influencia de Ingenieros sobre su generación: “Habíamos aprendido a deletrar, declamándonos los unos a los otros, desde los bancos del colegio, los primeros sermones laicos de Ingenieros, y el fervor idealista en que nos inflamara encontraba, por fin, la realidad propicia. “Impedidós, por la naturaleza de nuestro artículo — que sólo es un esbozo que admite ulteriores desarrollos, — de estudiar aquellos factores que no son cabalmente los económicos-sociales determinantes, olvidamos de intento la figura del autor de “El hombre mediocre”, como agitador y guía del movimiento que analizamos. Si quisiéramos extremar nuestro rigorismo documental, debiéramos también hablar de la visita que Ortega y Gasset hizo a nuestro país en 1916. Pensadores de tan opuestos pareceres filosóficos, como uno y otro, estuvieron presentes en la mente de los jóvenes reformistas y después de 1923, resultaron ser los inspiradores primeros y sendas corrientes ideológicas y políticas, que en otro artículo denominamos “Las dos Reformas”.

EL 16 Y EL 17 EN CORDOBA

Córdoba, por lo ultramontana, parecía señalada para ser la cuna de la Reforma.

Dos años antes de su estallido, luchaba braviamente su juventud contra las telarañas teológicas. Una empresa cultural — la biblioteca “Córdoba” — escandalizó mucho en esos días con sus conferencias. Y en una de ellas, en 1916, se habló por primera vez de la casa de Trejo.

En 1917, se anunciaba la proximidad de “un gran movimiento que tiene que venir fatalmente”. El 31 de marzo de 1918 se declaró la huelga general por tiempo indeterminado.

El carácter anti-clerical del movimiento tiene, como es lógico su justificación. A la inquietud universal que trajo la guerra y la revolución rusa, respondió la reacción organizándose. A fines de 1917, se realizó en Córdoba un congreso, auspiciado por la “Corda Frates”, para dejar constituida la Federación de Estudiantes Católicos. En el 18, en plena lucha, el clero cordobés dirigió un grupo de estudiantes que apoyó al rector Norez y en noviembre de ese año, el obispo Zenón Bustos dió una pastoral, que tituló: “La Revolución Social que nos amenaza”, con motivo de la agitación juvenil obrera. (Puede leerse en “Los Principios”, de Córdoba, 24 de noviembre de 1918 y “Revista de Filosofía”, Buenos Aires, enero de 1919).

LA FUNDACION DE LA F. U. A.

En 1918, el acontecimiento más trascendente, previo a la toma de la Universidad de Córdoba, fué la fundación de la Federación Universitaria Argentina, que tuvo lugar en Buenos Aires, el 11 de abril.

Es necesario hacer notar que la organización estudiantil argentina, con la misma estructura que hoy tiene, existió desde antes del 15 de junio de 1918. Es el argumento que habla con mayor elocuencia de la importancia de la Pre-Reforma.

A la reunión de Buenos Aires, concurrieron delegados de las cinco Federaciones Universitarias, que son las mismas que hoy integran nuestra entidad máxima (V. Del Mazo, II, 71 y sig.).

Los acontecimientos cordobeses permitían concretar esta aspiración de unidad estudiantil, que había sido exteriorizada muchas veces. En 1912, fué expuesta en Santa Fe por Alejandro Grüning Rosas, en un mitin en favor de la nacionalización de la Universidad (Del Mazo, III, 230). Obdulio F. Siri la sostuvo en la Federación Universitaria de Buenos Aires, en 1913. Osvaldo Loudet, siendo presidente del Centro Estudiantes de Medicina, la retomó en 1915. Constituida la entidad central, Loudet fué su primer presidente.

Desde que la FUA estuvo en pié, tuvo el estudiantado un punto de unión. Ella fué la cabeza que dirige y coordina; la evidencia de la capacidad organizadora de la juventud. La historia de la Reforma se refleja en

su historia. Tribunal de apelación, en fin, hasta ella llegaron los muchachos de Córdoba en aquella hora inicial, reclamando solidaridad con un cable lacónico y fuerte, que sintetizaba el programa de la Reforma, recién venida a la vida: “Hemos sido víctimas de la traición y la felonía — comunicaban. Ante la afrenta, hemos decretado la revolución universitaria. Hemos hecho más: hemos proclamado una cosa estupenda en esta ciudad del medioevo: el año 1918”.

